



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

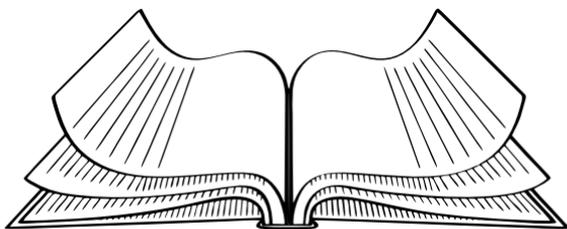
EJEMPLAR GRATUITO
FEBRERO-MARZO
2022



No. 36



**Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 36

www.porescrito.org

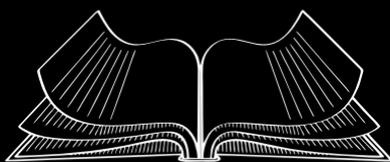




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Killa Warmi

Paul Ahumada 7

FIRMAS

Pan viejo

Andrea Fischer 8

En el jardín de la tía Ida

Cecilia Durán Mena 11

Nómadas

Imanol Caneyada 14

El pequeño sultán

Virginia Meade 18

VOCES

El zapato rojo

Benhur Sánchez Suárez 20

Junta de animales

Juan Manuel Zamora Salinas 21

Estación polar

José Luis Guerrero Carnicero 23

Juan Pérez

Christian Ramos Guillén 24

La asesina en el espejo

Jhonatan Adderly Ramírez Huerta 27

Drama Ellipsism

Edgar Samir 29

IMAGINARIO 31

ENCUENTROS

Buscando amigos

María Elena Sarmiento 33

Lucía Puc

Pita Escalona 36

Alvira Wagner, o la vida como una colmena

Cecilia Durán Mena 39

Un divorcio difícil

Jaime Valdés 44

MOLIYO stigaciones A.C. Detectives

Francisco Duarte Cué 47

Qué bien friegan, aunque no me puedo enojar

Juan Antonio Díaz Becerra 49

Vicente Madrujano

Norma Soffer 51

Isabel

Ángeles Montes de Oca 53

Banqueta

Julietta Fuentes Córdova 58

Sí existe el comparativo de “real”

Dave Brennan 60

Hablando por escrito

Hay veces que las publicaciones toman vida y reclaman su propio estilo. Es algo extraño de describir, pero puedo suscribir que como editora de esta revista, Pretextos literarios por escrito es algo orgánico que cobra sus formas propias, que se inventa caminos nuevos para florecer. De repente, surge entre alguna de las mentes creativas que colaboran con nosotros, una idea que siembra alguna inquietud y germina en una propuesta publicable.

Es cierto, la creatividad no es algo que se pueda formatear o meter en cartabones rígidos. Si así fuera, esto no se trataría de una publicación literaria sino de un manual de matemáticas o un librito de instrucciones para accionar una máquina. En realidad, este tipo de propuestas nos hacen únicos e irrepetibles. Es más, puede parecer que un ejemplar es idéntico al otro y, por fortuna, no es así.

En esta ocasión, estamos entrando a una especie de juego que le proponemos al lector. Entrar a la sección de Encuentros y ver cómo los distintos autores nos pusimos a afinar la pluma para ofrecer algo distinto que tenga un hilo conductor que podrá descubrir, porque es claro, pero no evidente.

La emoción creativa que busca a un lector nos lleva a tender lazos de encuentro, nos permite atizar la vida de un mundo exterior en el que cohabitan muchos mundos interiores. Esta concordancia nos llevó a imaginar cómo confluyen ciertas coincidencias que llevan a personajes a estar unidos por algunos instantes y como sus intimidades se tocan, a pesar de que después, cada uno estará en su propio universo, con sus particularidades, con sus preguntas sin respuestas.

Las palabras escritas adquieren así un valor concreto, tanto como la tierra que se adhiere a las suelas de los zapatos, el olor a lluvia recién caída, la textura de pétalos húmedos, el carraspeo que provoca el picor de la garganta o el reflejo de la luz sobre una hoja en blanco. Conseguimos que la fantasía sea un poco más real, vivirla como verdad, porque me parece que esa es la tarea de la literatura.

Nuestro tiempo nos ha llevado a edificar un mundo en el que se resaltan los contrastes, en el que se subrayan las diferencias y se hacen más hondas las brechas que nos separan. Hemos padecido esas

formas de pensar que separan al ser humano y lo llenan de sospechas. Pensamos poco en nuestros puntos de encuentro, en que somos más parecidos que distintos, en que hay momentos que, a pesar de ser diferentes, coincidimos.

En realidad, en este juego, todos los escritores que participamos en la sección de Encuentros tuvimos toda la libertad y sólo una restricción: que nuestros personajes tuvieran un punto de encuentro. Así, elegimos nuestras palabras, matices y perspectivas para adueñarnos de una situación y fantasear en torno a esos momentos en los que un grupo de personas que se reúnen por alguna circunstancia, se alejan a vivir su cotidianidad. Al fin y al cabo, de eso se trata escribir.

Con ustedes, el número 36 de Pretextos literarios por escrito en donde perseveramos en nuestra intención de seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir.

La editora general



Killa Warmi

Paul Ahumada

Vestida de lluvia

Que no son más que lágrimas Calzada de cenizas

Materia prima de la muerte

Ella habla sin cesar con las montañas Con un relámpago entre ceja y ceja.

¡Qué proezas comunales,

no hará ella con la coca!

Está vacía, vacía aun en el ocaso. Insensata,

ora para los apus que ni siquiera la miran. “Se parecen a Dios, y encuentran mal

en el subsuelo.

Ella dice:

Sus muertos también son mis muertos Más los míos nunca han de ser suyos.

Su niño de cobre ha mudado a estaño

Su hombre de oro se ha fundido en láminas

Y posiblemente, ya nunca regrese

Se ha mudado a la casa del cóndor de ensueño.

—Nada que ver, advierten los suyos

Hay que darle yuquita y trago en ofrenda

Ha de volver cuando el Sol la haya besado.



Pan viejo

Andrea Fischer

1. La alfombra nueva

Mi madre ya sabía. Aunque yo no se lo hubiera dicho, había un dejo de tristeza en sus ojos cuando volvía a casa por la noche. Generalmente, me tardaba más de lo normal. Le decía, para que no se sintiera mal, que me había quedado a jugar fútbol con mis amigos. Ella no me lo cuestionaba: como sólo éramos ella y yo, debía de haber confianza. No teníamos de otra.

En lugar de quedarme a los partidos de la tarde en la escuela, durante meses tomé un camión hasta el súper que estaba sobre la calle de Pilares, en la colonia Del Valle. Ahí cerca, en un edificio paralelo a la tienda, se había mudado mi papá con su nueva mujer. Encorvada, flaca y completamente abstraída de la situación, ella me recibía sin gusto todos los lunes, miércoles y viernes. Mi papá no llegaba hasta las 5 de la tarde. A veces, yo me iba a las 10 y no se había aparecido en todo el día.

Mientras tanto, me ponía a jugar con sus otros hijos. Con apenas dos o tres años, me miraban con los ojos bien abiertos desde una especie de jaula para bebés que la señora había instalado.

—No quiero que se estén arrastrando sobre la alfombra nueva —me dijo alguna vez, antes de servir la comida.

Ellos la miraban en silencio, con una frialdad atípica de niños en esa edad. A mí tampoco me sonreían, pero me llegaba la sensación de que se sentían muy solos —aún a pesar de tener a su madre ahí mismo. Yo no le contesté. Tenía 13 años y muy poco interés en interactuar con ella.

2. Miel y centeno

El departamento no era feo. Al contrario, estaba muy bien iluminado con luz natural, por los ventanales amplísimos que daban a la calle. Desde un tercer piso, no me daba tanto vértigo mirar hacia abajo. Mi papá siempre tuvo buen gusto, y puso una especie de sillón cerca de las ventanas para sentarse a leer por las noches. Al lado, una lámpara reclinable para enfocar mejor la luz.

Por las tardes, el sol se filtraba suavemente al departamento.

A veces me daban ganas de quitarme los tenis y andar descalzo, para sentir la alfombra cálida debajo de las plantas de los pies. Otras veces no tanto, porque se veía polvoso y desatendido. En las paredes, sin embargo, siempre lucían mucho los pósters que mi papá había traído desde Francia, de las exposiciones de Dégas, Monet y otros impresionistas que le gustaban mucho. Era 1977, y las ferias de arte se estaban convirtiendo en un gusto suyo, que conservaba sólo para sí.

Los días que mi papá llegaba temprano, Dolores, su nueva mujer, lo esperaba con pan de centeno aderezado con miel. Sobre una charola de peltre, acomodaba una hogaza calentita para que pudiéramos botanear a gusto. Él me contaba de su trabajo como ingeniero químico, hablábamos de ciencias aeroespaciales —porque también eran su hobby— y a veces veíamos programas de animales en la televisión, mientras sus otros hijos dormían la siesta. El gusto se me acababa muy pronto, como a las 7, cuando me pedía que me marchara antes de que se hiciera más noche.

El gusto del pan de centeno y miel se me quedaba hasta el día siguiente.

3. El mismo vocho de siempre

Nunca me imaginé que mi mamá sospechara de mí, ni de mis andanzas por la tarde. Por el contrario, como trabajaba dos turnos para pagarme la escuela, ni siquiera me cersioré de que no supiera. Cada quién tenía cosas que hacer y no nos molestábamos en averiguar en dónde andaba el otro. Eso creía yo.

Fue un miércoles. Mi mamá salió de la casa, como siempre, a las 5:30 de la mañana para trabajar en el laboratorio. Era de las pocas químicas mujeres que tenía un puesto ejecutivo ahí, y todo el mundo la quería mucho porque siempre fue muy dura, pero cariñosa. Se fue en el mismo vocho de siempre: blanco, prístino, oliendo bonito como ella. Yo me fui a la escuela, esperando pasar el día para llegar a ver a mi papá.

Apenas habían sido pocos años desde que él se había ido de la casa. Más bien: desde que mi mamá lo corrió, al enterarse de que andaba con otra —o con otras, no lo sabemos bien. Durante años pensé que había sido mi culpa, por no ser un buen hijo, por no estar a la altura de sus exigencias como figura paterna. No fue hasta que crecí más que me di cuenta de que, aunque responsable en la chamba, era un hombre con pocos compromisos. En ese momento, por supuesto, no lo sabía.

Tampoco sabía que, en el mismo vocho de siempre, mi mamá

estaría esperándome afuera de la escuela. Y que, sin que me diera cuenta, iba a seguir el camión que tomaba después de clases, hasta el súper. Ya ahí, después de estacionarse, que iría a pie hasta la puerta del edificio donde vivía mi papá con su nueva familia. Mucho menos que me la toparía de frente, con los ojos encendidos en cólera.

Supongo que me puse pálido.

Ella, con los labios apretados, sólo alcanzó a decirme:

—Pendejo.

Y me soltó una cachetada.

Nos subimos al coche sin decir nada. Al llegar a la casa, azotó la puerta del vocho y se subió a su cuarto. No salió de ahí hasta las seis de la tarde. Se llevó el carro y regresó una hora después, con una bandeja llena de merengues. Al pasar la medianoche, la encontré vacía afuera de su cuarto.

La bajé a la cocina, para sacarla junto con el resto de la basura. Sobre la barra de la estufa, había una hogaza de pan viejo, con hormigas, moho y un trazo discreto de mermelada encima. No volví a ver a mi papá hasta varios años más tarde.



En el jardín de la tía Ida

Cecilia Durán Mena

Me gustan cierto tipo de oscuridades, como la que se forma en el jardín de la tía Ida debajo de la higuera y la sombra del floripondio blanco en un día caluroso en el que la luz es tan resplandeciente que encandila. En general, las historias de timidez buscan una compensación. Es cohibido pero tiene grandes dotes de análisis, es introvertido pero es muy guapo y una serie de balances que en mi caso resultaban innecesarios. Mi timidez era como ese lugar fresco que se busca cuando no se puede más con la fuerza del rayo del sol. Claro, no todos piensan así y no siempre fue fácil, aunque, tampoco tan difícil.

En retrospectiva, puedo decir que no estuvo nada mal, cuando visito esos recuerdos, desde el lugar de seguridad que da la distancia de los años que ya pasaron, la perspectiva cambia. El tiempo nos dota de recursos para elegir con qué recuerdos quedarse y cuáles podemos desechar. Alguna vez mi tía Ida me dijo que la memoria se cree una fuerza tan poderosa que puede subordinar al cerebro y no, es la libertad quien impone su criterio dominante y arbitrario, es quien elige qué borrar y que atesorar. Sin embargo, al recordar esos años, me sudan las manos. Si, aún tienen ese impacto.

Mi experiencia en los años escolares no fue fácil, en realidad nunca lo fue ni hubo forma de mejorar. Jamás esperé a que llegara el primer día clases, nunca me urgí reencontrarme con mis compañeros de primaria ni tuve la esperanza de que la secundaria fuera diferente. Durante mi tiempo escolar, siempre me costó trabajo estar entre esa gente, demasiado, a decir verdad. No me sentía cómodo hablando con otras personas, no me invitaban a jugar fútbol o basquetbol. Tengo tanta habilidad como si hubiera nacido con dos pies izquierdos. Siempre recibía miradas condescendientes, que trataban de amoldarse a un sentimiento benigno y terminaban en una mezcla amarga de lástima. Para mí, tenían el mismo efecto que si me quemaran la piel con un cerillo.

Crecí mucho, parecía una lombriz erecta con la postura jorobada. Las manos resultaron excesivamente largas, la piel muy pálida, los ojos muy pequeños y el cabello demasiado rizado, muy rubio. Las cicatrices del cuerpo se fueron borrando con el crecimiento, pero yo sentía que todos las veían y no me gustaba. Entre una clase y otra, no hablaba con nadie, caminaba rápido al ir a mi casillero, mirando al piso, intentando parecer ocupado. La mayoría de los fines de semana los pasaba leyendo libros, haciendo tarea o volviendo a ver mis programas de televisión favoritos. Encerrado entre las paredes de mi cuarto, me gustaba asomarme a ver los jardines de las casas de los vecinos,

especialmente los de la que estaba al lado, en donde un matrimonio de ancianos habían plantado árboles muy raros.

Mi tía Ida quería que mi experiencia estudiantil fuera diferente, pero no estaba segura de que lo sería. Yo siempre tuve la certeza de que jamás lo sería. Ver a mis compañeros era experimentar un arrebato de terror. No quiero hablar con ninguna de estas personas, no quiero tener que pasar por penosas presentaciones y silencios incómodos. No seas tonto, no te van a morder. Relájate. Le decía que sí y en el salón me pasaba las horas mirando fijamente mi escritorio, sin voltear a ver o hablar con nadie. En el recreo, me iba a la biblioteca y cuando la encargada me pedía que saliera a jugar al patio, me iba a la enfermería. ¿Era tan difícil entender que me resulta imposible romper barreras? No son barreras, es hielo: derrítelo, me aconsejaba la tía Ida y aunque trataba de evitarlo, el melodrama se le destilaba por esos ojos tan azules que parecían dos piedras hechas de agua de mar. Pero ella no entendió que mi sistema nervioso responde rápidamente a situaciones estresantes y es lento para calmarse de nuevo. A diferencia de ella, a mí me tiembla la voz, me paraliza en los eventos sociales y nunca sé que decir. Incluso ahora, me cuesta trabajo superar el miedo a hacer el ridículo.

Puedo verme caminar a la escuela, como si fuera un Sísifo adolescente y estuviera empujando la roca cuesta arriba en la montaña. Caminaba lentamente, poco a poco, con pasos cortos y esforzados. Estás muy consentido, decía mi tía Ida y me abrazaba, como si ella tuviera la culpa, como si quisiera ser un ángel que me resolviera el problema y estoy seguro de que si mi tía hubiera podido, habría empujado con sus manos tan pequeñas la roca de mi encogimiento. Todos, la directora de la escuela, mis maestros, la psicóloga convergían en lo mismo y yo estaba de acuerdo. Para tirar las barreras de la timidez, lo primero es querer hacerlo. Yo no quería. Tenía mis razones. Lo que para otros era monotonía, para mí eran los momentos favoritos. ¿Por qué renunciar a este refugio?

No sé si es el recuerdo o la libertad que extrae los elementos que quiere de la caja de Pandora, pero, ya desde entonces me quedaba claro que una cosa es ser introvertido y otra diferente es ser cobarde. Vamos a ver, siempre he sido tímido, jamás he sido gallina. Sé que la tía Ida lo sabía. Lo sé por esa forma en la que me miraba cuando íbamos al panteón. Guardaba silencio, se paraba a mi lado y no me decía nada. Esperaba todo lo necesario para que pudiera dejar las flores y nunca se desesperaba si quería quedarme toda la tarde contemplando la lápida de mis padres. Eres valiente, me decía mientras manejaba de regreso a casa y yo sonreía y me ajustaba el cinturón de seguridad en el asiento trasero.

La tía Ida ofrecía esa compañía que apacigua las voces interiores y se preocupaba por crearme la ilusión de que no había cortes en la vida, que ahora se cerraba una puerta para que se abriera otra. Siempre puso a

mi disposición un territorio libre y generoso en el que me pude mover sin pensar en fronteras, en un terreno en el que podía refugiarme en las pastas de un libro, cobijarme en las notas de una partitura y despojarme de la pena al tocar el piano. Pero, sé que quería que en algún momento yo me insertara en la vida social, en alguna vida social. Hizo esfuerzos: me inscribió a una clínica de tenis, a clases de francés, a talleres de oratoria.

Algunos creerán que ser tímido es vivir la vida de un náufrago que es aventado por las olas a una isla desierta y, algo hay de eso. Como el que llega a esa playa solitaria y tiene que buscar pedazos de madera, rocas, troncos para hacerse de un espacio que le de abrigo. Soy de los que busco elementos. Construyo, con lo poco que quedó. Así somos los sobrevivientes. A veces, esta forma de ser me hace sentir que soy indiscreto, porque la gente va por el mundo un poco a ciegas y un mucho expuestos. Hablan y no se fijan en lo que dicen, cuentan sin darse cuenta de lo que están compartiendo y, muchas veces no importa, porque nadie pone atención. Pero, yo sí. Las personas van improvisando la vida sobre las bases de un guión inexistente dejando expuestos sus demonios interiores. Pero, yo no. Yo no me adapto al ritmo que marcan, a mí me interesa hacerlos entrar en el mío. Generalmente, lo logro.

En ocasiones, los recuerdos deciden aparecerse por vías absurdas. De pronto, un suspiro me trae a la mente la cara de la tía Ida, mortificada por la monotonía con la que llenaba los momentos de la vida, mientras me mordía la uña del dedo pulgar. En realidad, los fantasmas no se asoman por debajo de la cama ni si ocultan detrás de la puerta del clóset. Hay escritores que no podemos trabajar en espacios demasiado habitados, preferimos los espacios angostos, con la puerta entrecerrada o totalmente clausurada. Abrir es permitir que las ideas se vayan volando por los aires, cerrar es tener todo acomodado en un cajón y permitir que se vayan destilando en letra en forma ordenada.

Si me preguntaran las razones por las que preferí ser tímido, es porque siempre he creído que en ese hueco que se forma por silencios y titubeos, ahí está el verdadero escritor. En esa rasgadura, en el desgarrón, debajo de la cicatriz, ahí está la mejor versión de lo que puedo ser. En esa oscuridad del jardín de la tía Ida, en la que se forja el habitáculo ideal para leer y más leer; en esa ventana que me permitió ver tantas veces esos árboles raros que plantó la pareja de vecinos ancianos; en aquellas tardes en las que ese silencio fue llenando ese vacío de un huérfano al que el destino quiso preservar la vida, por llevar puesto el cinturón de seguridad, mientras sus padres discutían.



Nómadas

Imanol Caneyada (FCE, 2021)

El gigante Veneno no está seguro de si aquello alcanzaba la categoría de misterio. Afirma, veinte años después, que para el barman y el portero del antro de Purificación sí lo era. Un hecho que escapaba a su comprensión y que, por consiguiente, les repugnaba. Esa repulsión se volvía contra Ele, mi padre, como si fuera culpable del fenómeno que atestiguaban cada madrugada. Aunque la repulsión no pasaba a mayores. El gigante Veneno medía dos metros y en una época que parecía lejana pero que no lo era fue luchador. Supieron muy pronto, el barman y el portero, que si se metían con Ele se metían con él. Dicho así, su postura parece infantil. Pero Veneno conservaba ciertos códigos —trasnochados para la época a la que me refiero— que le gustaba y aún le gusta respetar. Al menos en lo que tenía que ver con el enano, mi padre. La mezquindad del barman y del portero con las mellizas, por ejemplo, le era indiferente. Delante de Purificación la bravuconería de ese par se disolvía en gestos vanos y una autocomplacencia que le provocaban tristeza. El gigante Veneno no sabía si Ele era consciente de todo ello.

Una vez más, continúa Veneno, el último borracho de la noche, con una buena dosis de Fenta en su cerebro, alzó al enano del arnés, lo balanceó atrás y adelante y lo lanzó a lo largo de las colchonetas dispuestas en el fondo del club de Purificación. Mientras Ele tensaba el cuerpo, estiraba el brazo derecho y el izquierdo lo plegaba bajo el pecho, los espectadores estallaron en risas y vítores. El vuelo del enano fue perfecto y el aterrizaje acrobático. La capita azul de su traje de superhéroe se agitó graciosamente. Ele, circunspecto, saludó al público con una breve genuflexión. La gente enloqueció. El último borracho de la noche comprobó la marca del lanzamiento: cuatro metros y medio. Era el turno del gigante Veneno. El vuelo de mi padre fue aún más elástico y decidido. Cuatro metros y ochenta centímetros. El último borracho de la noche introdujo el dinero perdido en la apuesta en los escotes de las mellizas, que se contoneaban tonta o sensualmente, dependía de la perspectiva. En torno al enano, trepado de nuevo como una estatua en un cubo de madera negro, acordonado con listones de terciopelo rojo, se arremolinaron los clientes. Sobre todo mujeres. Tocaban los bíceps y los pectorales de Ele y se reían como colegialas. Las cámaras de

los te lencéfalos de todas ellas hacían realidad el momento.

Pero la rutina había desplazado a las antiguas proezas sexuales de las que conservo un registro puntual.

Al principio el gigante y mi padre salían casi todas las noches del antro de Purificación colgados cada quien de una o varias mujeres. Altas, bajas, rubias, morenas, gordas, delgadas. El enano era el principal atractivo. El gigante, el contrapunto. Para él, más allá de la obvia caricatura, también fue un misterio durante algún tiempo. Luego dejó de pensar en ello y lo aceptó como un dogma. Poco a poco se hizo a un lado. No sabe si por celos o porque el humor de su libido empezó a depender demasiado de la presencia del enano en la ecuación.

Esa noche, Ele, después de que la aglomeración se hubo dispersado por el reclamo de las luces apagándose y encendiéndose, se quedó charlando con una mujer madura, de belleza romana, inusualmente elegante. Veneno le calculó unos treinta años, aunque bien podría tener cincuenta, la cirugía estética y la biotecnología habían hecho de la edad un artificio. La mujer señalaba un rincón del antro, una mesa donde descansaba un hombre muy flaco, con aspecto de un antiguo conde; su mirada era dura, fanática, lejana, como si estuviera recordando un pasaje de su niñez. No lo reconocí, me confiesa el gigante dos décadas más tarde, a pesar de que para ese momento se trataba de un *influencer* bastante famoso. Ele asintió. De inmediato se perdió en la bodega del antro. A los pocos minutos reapareció vestido de civil. Mientras tanto, la mujer había regresado con el hombre y dejaron pagada la cuenta. El enano, el hombre y la mujer salieron juntos del antro de Purificación. Al pasar al lado del gigante, Ele le hizo una seña con la cabeza. Significaba que no lo esperara, que se fuera solo. Cuando no surgía un plan al cierre del antro, solían compartir el híbrido. Purificación, desde la caja, sonrió:

—Es una máquina.

El gigante Veneno ignoró el comentario y se dirigió a la bodega para despojarse de la malla plateada y los botines de luchador. Al terminar de vestirse entraron las mellizas. Sus tetas eran muy grandes, apenas las contenía el *bra* de lentejuelas. Uno, el de Naty, era plateado. El otro, el de Katy, dorado. O al revés. Todo en ellas era el cliché que cualquier hombre esperaba de un antro como el de Purificación, último representante de su clase. Sus cinturas y caderas anoréxicas contrastaban con los pechos visiblemente operados y las nalgas respingonas, también inyectadas. Katy, o Naty, se puso una

minifalda y una blusa traslúcida. La otra, un cortísimo *short* y una blusa parecida. Tomaron una doble dosis de Fenta cada una, aún debían sonreír mucho. Se despidieron del gigante con un beso al aire simultáneo. Era parte de la mercadotecnia esa simultaneidad. Salieron trotando montadas en tacones imposibles: las esperaban un par de clientes. Cansado, Veneno atravesó la sala que había perdido el encanto de la iluminación indirecta y palidecía bajo las luces blancas. Un par de mujeres provenientes del valle volteaban sillas, barrían y trapeaban. Purificación y el barman seguían con el corte de caja. El portero, con solícita ironía, le dijo al gigante:

—Se fue con el Clarividente Odín y su mujer en un clásico BMW de gasolina, ¿puedes creerlo?, de gasolina. Un cochazo.

En ese momento, el nombre de Clarividente Odín no me dijo nada, sostiene el amigo de mi padre y yo le creo.

II

Unos días después, mi padre volvió a escabullirse como un conejo mientras el antro de Purificación se desmaquillaba. Aquellas dos mujeres, un par de anguilas de ojos muertos, anhelantes de que la noche no terminara como tantas otras, se desconcertaron. Al final, sus entrepiernas húmedas tuvieron que conformarse con el gigante, que no podía dejar de detectar la decepción. Les pidió que lo esperaran afuera en lo que se cambiaba. En la bodega se cruzó con el enano: pachuli y ropa nueva.

—Siguen afuera —le dijo el gigante.

—Ya te dije, paso, se acabaron esos días.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros y se marchó. El gigante se sintió traicionado por el silencio de Ele. Por el resplandor en sus pupilas. Por el hecho de que pareciera un globo levitando sobre sus cabezas, como si la gravedad hubiera por fin entendido que se trataba de un superhéroe. Era lo que ocultaba detrás de esa estúpida máscara satisfecha. ¿Y el camino?

En el híbrido solicitado por las mujeres, las anguilas de ojos muertos decidieron poner a un dj de moda que programaba música *self*. Veneno odiaba ese ritmo machacón, reduccionista y monótono compuesto por algoritmos que sólo con una fuerte dosis de Fenta podía soportar. Comenzaron a besarse entre ellas. Se metían mano y le metían mano al gigante. Sus dedos fríos, húmedos, resbaladizos,

huesudos, toqueteaban su pene dormido como si de pronto se acordaran de que tenían que hacerlo. El chofer del híbrido le sonreía por el retrovisor. El gigante detestaba el significado de esa sonrisa. La complicidad de los dientes amarillos que mordisqueaban una lengua enferma y febril. La conexión animal que se establecía entre los dos. Las mujeres anguila continuaron explorando la boca de la otra. Una de ellas aferró la muñeca izquierda del hombre. Parecía un cepo, un grillete. Tiró del brazo e introdujo la enorme mano bajo su falda, entre sus piernas: una caverna fría, oscura, en cuyo fondo danzaba un hombrecito alrededor de una fogata. Ella misma restregó los dedos del gigante sobre los labios vaginales. Una membrana suave, seda y terciopelo, separaba las yemas de la vulva. Pero la mano de Veneno era un cadáver submarino, un pez de las profundidades que flotaba muerto. La retiró lentamente, como si sostuviera en su palma el cráneo de un recién nacido.

—Lo siento, no puedo.

Lo miraron como si alguien hubiera abierto una ventana y entrara una corriente de aire frío. Esbozaron ambas, al mismo tiempo, con una coordinación asombrosa, una mueca que no era de decepción sino de burla. Y exclamaron al mismo tiempo, sincronizadas como un reloj atómico, una expresión que en ese entonces ya estaba prohibida: ¡Maricón! El gigante Veneno, en un semáforo en rojo, abrió la puerta y descendió con la torpeza propia de su tamaño. Vio cómo se alejaban sin un ápice de nostalgia

Imanol Caneyada

Narrador y periodista de origen español. Es reconocido por sus aportaciones a la novela negra en México, país en el que ha desarrollado su trabajo narrativo. Ha colaborado en revistas como *Tierra Adentro* y *Revista La Otra*. Asimismo, ha sido acreedor de varios reconocimientos, como el Premio Nacional de Cuento “Efrén Hernández”, en 2011, por el libro de cuentos *La nariz roja de Stalin*; el Premio Nacional de Literatura “José Fuentes Mares”, en 2015, por *Hotel de Arraig*; el Premio Bellas Artes de Novela “José Rubén Romero” 2020 por esta novela. El Fondo de Cultura Económica también publicó su novela *Espectáculo para avestruces*.



El pequeño sultán

Virginia Meade

Esta mañana decidí cambiar mi rutina me puse unos pants y salí por el correo. Además de cuentas por pagar legaron dos de mis revistas favoritas; abrí una silla plegable y me recosté en ella para empezar a hojearlas, mientras le quitaba el celofán observé los arrayanes verdes y tupidos, única división entre mi casa y la de los vecinos; excepto por una franja como unos 10 centímetros.

Me gusta hojear las revistas y ver los anuncios que siempre están en la página derecha para atrapar la vista del lector. En eso, un ladrido agudo y perentorio, no puedo evita buscar de donde viene, del jardín contiguo un perrito se dirige hacia mí, su pelaje es negro brillante, yo no sé mucho de razas de peeros, el es pequeño con su cara chata y ojos negros enormes. Tiene una mancha blanca en su pecho. Llama mi atención el collar que lleva, es azul marino adornado con piedras doradas. Él sigue ladrando y se levanta sus patas sobre los arrayanes, entonces veo que sus gallas también están pintadas de dorado, y le digo

—Hola pequeño sultán, estás defendiendo tu territorio, prometo que no invadiré tu espacio.

El perrito me mira como si yo fuera un bicho raro, de repente corre hacia su casa, y lo escucho ladrar en el interior de la casa.

La señora que me ayuda en la casa se acerca con una mesita, y pone encima un enorme vaso de jugo de naranja y un plato con rebanadas de papaya. El color anaranjado y el perfume me invaden. Su aroma me dice que está madura y dulce el jugo de naranja también es radiante. Se me hace agua la boca.

—Señora Vicky, es usted un ángel. La papaya luce maravillosa.

Ella asiente y se retira hacia la casa; debe estar satisfecha, tendrá un rato para trabajar sola como le gusta sin la interferencia de nadie. Al poco tiempo escucho el radio en su estación favorita.

Me acerco el plato de fruta y la como con avidez, el jugo se escapa por mi boca hasta la barbilla. Ahora pruebo el jugo que me llena la boca de jugo y pulpa. Está frío; siento como se desliza por mi garganta colmándome de dulzor y saciedad.

Libero los pies de su prisión y muevo los dedos hasta que el sol empieza a ser incómodo, me levanto, recojo mis cosas y entro a la casa. El trabajo me espera.

A la mañana siguiente, salgo con una taza de café, me recuesto en la silla y empiezo a disfrutar de lo que llamo mi veneno favorito. Termino de beberlo cuando escucho al pequeño sultán ladrando. Trae un hermoso pañuelo azul rey con bias dorado. Se levanta en sus patas delanteras sobre los arrayanes. Sendos lagrimones en los ojos. Le digo:

—Pequeño sultán que te pasa?

Él se baja y empieza a rascarse el costado con su pata izquierda, con fiebre levanta la cara y gime. Después con su hocico chato se muerde buscando deshacerse de la comezón se arquea y se rasca con fuerza; luego se revuelca en la tierra esperando consuelo, pero no deja de gruñir y quejarse. Busco su pelota y, cuando la encuentro, la lanzo hacia la casa esperando distraerlo. Funciona.

Entro a mi casa, siento algo en mi espalda y empiezo a rascarme. La sensación no desapareció, seguí rascándome. Doblé mi brazo hacia la espalda baja y nada, luego doble el brazo hacia arriba sobre mi omóplato no pude dejarlo. Me mire en el espejo, estaba arañada y en algunos había sangre.



El zapato rojo

Benhur Sánchez Suárez

Los corrillos que se formaron frente al edificio donde se escenificó la tragedia no lograron ponerlos de acuerdo sobre las causas que la originaron. Y, lo más probable, ya no lo harían en ningún otro momento en el futuro. Así que los rumores fueron cada vez más contradictorios e intensos. Para los más escépticos no pasó de ser un atraco que finalizó en ese suceso lamentable. Por eso compartían el sentimiento general sobre la ciudad, convertida ahora en foco de inseguridad y desasosiego.

—Así estamos hoy en Ibagué, los delincuentes pueden atracar en cualquier parte, que Dios nos proteja.

Otros se atrevieron a conjeturar que el comerciante, por ser un hombre enamorado y disoluto, había caído en las redes de una pareja de travestis con quienes planeó un trío de placer, sólo que el juego se les salió de las manos.

Unos pocos atribuyeron su deceso a un fulminante paro cardíaco, porque era un hombre que vivía presionado por la obtención de resultados y se imponía a sí mismo agotadoras jornadas de trabajo. Ese rumor se puso en duda porque un infarto no produce hemorragia alguna y el cuerpo yacía con el pecho perforado, sobre un charco de sangre, prueba irrefutable de su asesinato.

No faltaron quiénes aseguraron que una pareja de jóvenes había tratado de estafarlo porque en el imaginario popular circulaba la creencia de que tenía una caleta de dinero en su apartamento y a sus oídos había llegado esa fantasía de un futuro donde borran las limitaciones y necesidades. Nunca se sabe.

Armando Santamaría era soltero y no tenía compromisos sentimentales a la vista. Según lo poco que se conocía de él, era comerciante de frutas y hortalizas y siempre necesitado de dinero a la mano, contante y sonante, en diversos momentos del día. Por lo que, lo más seguro, era que tuviera un cajón con el dinero que necesitaba en algún mueble de su apartamento.

—Por eso no me gustan los bancos —comentaban que decía—. Qué jartera tener que hacer cola en los cajeros automáticos en procura de efectivo y, sobre todo, soportar la desgracia de tanto ladrón al acecho de quienes salen del Banco.

Lo cierto es que el cuerpo del occiso, propietario de dos expendios de frutas en la ciudad y a punto de abrir dos más, con los que consolidaba la empresa que había llamado *FRUTATOL* (Frutas del Tolima), yacía sobre un charco de sangre en el borde de su cama.

Una puñalada certera había dado cuenta de su trastornada vida. La desorganización de su apartamento atestiguaba la búsqueda desesperada del asesino en procura del tesoro.

Los agentes del CTI y los forenses se hicieron presentes cuando ya los rumores tomaban fuerza de certeza y el cuerpo de Armando comenzaba a padecer los rigores de la muerte. Tenía una mano en el pecho, dijo un curioso que logró colarse detrás de los especialistas, como si quisiera evitar que por ese orificio se le fuera la vida, y la otra aferrada a un zapato rojo de mujer.

Después del análisis de rigor de la escena del crimen, la búsqueda del cuchillo que había perforado el pecho del occiso, copas sobre la mesita de noche, una botella de vino a medio vaciar y algunas prendas, el cuerpo fue llevado a la morgue para los análisis de laboratorio en busca de huellas y la consiguiente autopsia. El último especialista que abandonó la escena les dijo a los curiosos:

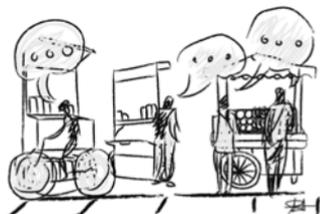
—Un hecho lamentable. La Fiscalía no descansará hasta lograr el esclarecimiento de los hechos.

Así se despidió del lugar, después de colocar el aviso de sellado en la puerta. Los curiosos sospecharon que en adelante no volverían a saber nada del crimen. Así que se dispersaron sin otro protocolo. El tiempo aportaría al crimen su cuota de sacrificio.

Ningún familiar se presentó a reclamar el cuerpo ya embalsamado del frutero. El funeral, discreto por demás, fue organizado por los empleados más cercano, sobre todo Aurora, su secretaria ejecutiva, quien después de llamarlo repetidas veces a su celular sin obtener respuesta, fue a su apartamento para encontrarse con el cadáver de su jefe.

La noticia que publicó el periódico, con base en los informes que les suministró la Fiscalía, nada tuvo que ver con los rumores que, durante varios días, corrieron por la Doce y alimentaron la habladería de los pequeños comerciantes de la ciudad.

—Cada uno se busca su destino —sentenció la vendedora de tinto de la esquina, mirando el flujo vehicular de la Quinta y escuchando, como quien oye el correr del agua por las acequias, el continuo retumbar de los pasos de los transeúntes.



Junta de animales

Juan Manuel Zamora Salinas

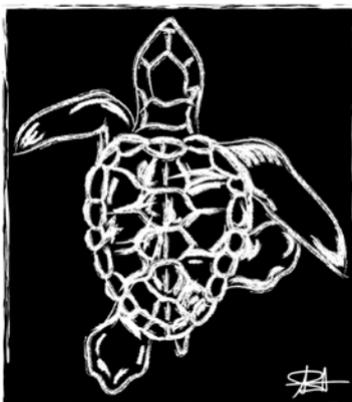
Lenta muy lenta va la tortuga, despacio camina no te quede duda.
En cada paso mira a los lados, detiene su marcha y tira los dados.
Viene la liebre muy amable y ufana, corriendo de prisa mirar
cosa vana.

Se encuentran camino a la junta del bosque.
Tortuga se apure reclama el conejo en reproche.
Camina despacio camina sin prisa, se siente tranquila la
angustia le da risa.

Mientras el conejo sigue corriendo, casi vuela y llega primero.
Empieza la junta la voz del gran búho, se sienta la ardilla se
escuchan las quejas, que el topo barre y la ardilla le ensucia.

Siguen problemas discuten de todo, la tortuga llega y se sienta
en el fondo.

Termina la junta y todos a sus casas en carrera, la tortuga
alegre pues su casa lleva a cuestas.



Estación polar

José Luis Guerrero Carnicero

La temperatura en el exterior de la estación es de -70° y aquí dentro estoy a -12° gracias a la potente calefacción. Una temperatura agradable, siempre que tengas la ropa adecuada y la preceptiva aclimatación. Ya llevo cuatro meses en el Polo. Los últimos días completamente solo, ya que a finales del mes pasado maté a mi único compañero asestándole una certera puñalada en el corazón.

Su cuerpo se encuentra ahora mismo en su habitación, a la que no he vuelto a entrar desde los sucesos que voy a relatar. He hecho descender la temperatura de la habitación, gracias a que la calefacción se regula desde el ordenador, supongo que no habrá iniciado el proceso de descomposición al estar completamente congelado.

En un principio, nuestra relación, no se podría calificar ni de buena ni de mala, era estrictamente profesional. El problema empezó a los pocos días de estar conviviendo en este maldito desierto helado. Su actitud empezó a ser bastante desagradable: Criticaba siempre mis preferencias a la hora de elegir lectura, se burlaba porque me gustaba el té en lugar del café, se reía socarronamente de mis criterios políticos y muchas cosas más. Discutíamos cada vez con más frecuencia, pero lo peor llegó cuando dejó de hablarme y comenzó a ignorarme por completo. Yo probaba a hablarle, a veces enfadado, a veces con tono conciliador, pero solo obtenía la más absoluta indiferencia y el silencio, ni siquiera me miraba. Probaba gritándole los insultos más desagradables y ofensivos que mi mente pudiera imaginar, pero no conseguía que me mirase. Intentaba concentrarme en mi trabajo, leer, escuchar música... Todo era inútil. Sentía su presencia silenciosa en torno a mí.

Una mañana, loco de furia, me abalancé sobre él. No recuerdo en que momento, ni donde cogí el cuchillo, pero recuerdo perfectamente como se hundía en su cuerpo. Tampoco recuerdo hacer un gran esfuerzo, pero debí emplear mucha fuerza, pues el cuchillo atravesó con una increíble facilidad todas las capas de ropa y la carne hasta llegar a su corazón. Sin embargo, después no era capaz de sacarlo de su cuerpo. Le tendí boca arriba en su cama y cerré la puerta. No he vuelto a entrar.

Ayer, tras meditar toda la noche sobre lo que debía hacer, me comuniqué con la base central y les conté todo lo sucedido.

En un principio, mi interlocutor permaneció en silencio unos segundos que a mí me parecieron una eternidad. Después, me preguntó algunos detalles que me parecieron bastante absurdos. A continuación, me dijo que esperara un momento. Cuando se reanudó la comunicación, era el médico de la base quien me habló. Me dijo que estuviera tranquilo y que tomara algunos medicamentos que encontraría en el botiquín.

Hasta ese momento todo me pareció bastante normal, pero a continuación me habló el jefe de la base, me dijo que organizaban de inmediato una expedición de rescate y que llegarían lo antes posible, para saber que es lo que estaba sucediendo, pues al parecer, desde el principio había estado solo. Nunca tuve un compañero.

Espero que la expedición llegue mañana. Abrirán la puerta de la habitación en mi presencia y comprobaré si soy un asesino...O si me he vuelto completamente loco.



Juan Pérez

Christian Ramos Guillén

Esta es la historia de Juan Pérez. Juan Pérez era un muchacho que bordeaba los treinta años, obrero de construcción convivía con Juana, una chica selvática que conoció cuando viajó a Iquitos hace unos diez años aproximadamente. En una noche de juerga la embarazó, y se la tuvo que traer a Lima. Luego de tres hijos y a pesar de su juventud ambos estaban gordos y cansados.

A Juan le preocupaba mucho el futuro de sus hijos, pasaban los años y él no encontraba un trabajo que satisficiera sus necesidades económicas. Día tras día trabajando con la pala, la carretilla o cargando sacos de cemento se partía el lomo. Estaba harto, la vida no le había dado las oportunidades que él quería. A veces cuando llegaba del trabajo, en el baño lloraba en silencio maldiciendo su triste destino.

Pero no todo era tristeza en la vida de Juan Pérez, un día se enteró que una empresa constructora reconocida estaba reclutando técnicos con experiencia. Afanoso esa mañana, fingió estar enfermo y anunció al maestro de obras que llegaría un poco tarde. Se puso su mejor camisa, cogió su currículum y salió presuroso a la entrevista. Y cómo son las cosas, a pesar de no tener estudios técnicos, obtuvo el empleo. Y aunque el salario no era mucho mayor que en su anterior trabajo, se puso muy contento porque ahora tenía la oportunidad de escalar posiciones.

Llegó a su casa muy contento para dar la buena noticia a su mujer. Saltaron de alegría. Al fin podrían vivir como gente, y no arrinconados en un cuartucho infecto lleno de pulgas. Esa noche Juan compró pollo de Metro, y con sus criaturas celebraron a más no poder. Esa noche Juan fecundó a Juana de su cuarto hijo.

Ocho meses después nacería la criatura, una mujercita. Ahora con cuatro hijos la situación volvía a agravarse, el dinero no alcanzaba y sus ansias por ascender en el trabajo se esfumaban. El cabello se le empezó a caer y su barriga se hizo cada vez más prominente. Empezó otra vez a llorar en silencio y a maldecir su vida y su nuevo trabajo que fue el inicio de su reciente desgracia.

Pasaron los años y continuaron viviendo en el mismo lugar: Juan Pérez, Juana su esposa y sus cuatro hijos, tres varones y una mujercita; en aquel cerro de asentamiento humano, en aquel cuartucho, en aquel viejo distrito de nuestro pobre país. Proseguía una vida más llena de sin sabores y arduo trabajo.

La asesina en el espejo

Jhonatan Adderly Ramírez Huerta

– Perú (Lima)

Aquella noticia aterradora y bestial atemorizó al país en lo poco que quedaba del año. Versaba sobre el asesinato brutal y salvaje de una niña de apenas cinco años, cuyo cuerpecito fue hallado en el sótano de la residencia de la socióloga y filántropa Ana Kamet. Ella era una mujer muy reconocida por sus buenas labores sociales y humanitarias en beneficio de los más necesitados, y por dirigir varios ONG's a favor de niños y adolescentes abandonados en las ávidas y ajetreadas calles del suburbio.

Las portadas de los diarios y los semanarios que anunciaron aquel crimen, con notas periodísticas maratónicas, acapararon la atención de los lectores de noticias matutinas. En la radio y televisión también repetían —una y otra vez— la secuencia del desenlace fatal de aquel macabro suceso, con la finalidad de despertar conciencias y no ser parte de algo tan atroz.

Mientras tanto en una dependencia policial de criminalística, la histórica y triste Ana Kamet venía siendo interrogada. Sus declaraciones eran muy valiosas, ya que era testigo principal del hecho. Bebía mucha agua, temblorosa y entre lágrimas, fuera de sí, respondía a las preguntas de un agente policial.

—Es todo lo que recuerdo, señor oficial, no logré ver al asesino de mi hija. Pero tengo mis sospechas —respondía Ana Kamet cabizbaja y cogiéndose los cabellos muy desesperada.

—Cálmese, señora, sé que volverá a recordar el rostro de la persona que asesinó a su hija. Nos tiene que ayudar a resolver el caso —decía el agente policial. —¡Juro, señor policía, que yo misma lo mataré con mis propias manos si logro tenerlo frente a mí! —gritaba Ana Kamet mirando fijamente al policía.

—Usted no tiene nada que hacer con el asesino, de eso se encargará la justicia. Por el momento ayúdenos a recordar el rostro del culpable para identificarlo en nuestro sistema de personas prófugas por homicidios —respondió el comandante Mario Benavente, quien estaba a cargo del caso.

Al término de la declaración, Ana Kamet se dirigía a su vehículo, balbuceando algunas palabras incoherentes y acompañada por

dos policías femeninas. Al llegar a su domicilio, se tomó varias pastillas ansiolíticas para dormirse y así olvidar aquellos instantes macabros. Había pasado ya una semana del conmovedor caso, sin tener resultado alguno, y de pronto otra muerte repentina en el domicilio de Ana Kamet atizó la intriga de todo el país.

Como era de esperarse, el comandante Mario Benavente fue a constatar, con un grupo de agentes policiales, la escena del crimen.

Ingresaron presurosos y ansiosos a la alcoba, donde se escuchó aquel disparo sanguinario, luego de varios intentos para forzar la puerta, que tenía entonces un pequeño candado.

Al ingresar, lo que llamó poderosamente la atención de los policías fueron unas sábanas blancas con charcos de sangre, que cubría un cuerpo desnudo casi por completo. Solo se podía ver un brazo tatuado que colgaba hasta el suelo, y junto aquel cadáver un revólver calibre 38.

El comandante retiró aquella sábana para identificar el cadáver. Y, con sorpresa absoluta, descubrió el cuerpo de Ana Kamet. Al instante fue a buscar los primeros indicios para capturar al culpable. Se podía ver unos cuadros arcaicos de Vincent Van Gogh, que colgaban en la pared de la alcoba. En medio de la cabecera de la cama, encontró un crucifijo tallado en mármol y de color crema marfil. Varias velas de colores encendidas al pie de un holgado espejo, que tenía el cristal astillado casi en toda sus partes. Un agente policial, que acompañaba aquella diligencia, encontró debajo de una lámpara una carta manchada con sangre.

El comandante, al abrir la carta, empezó a leer con detenimiento. Los escritos contenían confesiones muy aberrantes y esquizofrénicas, que daban a entender que pertenecía a un ser vil y despiadado que no tenía remordimientos. Y, también, aquel psicópata revelaba que formaba parte de una secta satánica, donde ofrendaban la vida de personas frágiles e inocentes. En el párrafo final pareciera que se encontraría al culpable de los crímenes continuos sucedidos en aquel domicilio.

Sin embargo, aquel párrafo decía: *«...como le decía al señor oficial encargado del caso de la muerte de mi hija, yo misma mataría al culpable. Y fue así como lo hice. Tuve frente a mí a la culpable, y justo cuando levanté la mirada al espejo, estaba riéndose y burlándose de mí. Ella no merecía vivir más. Ana Kamet tenía que morir con un disparo en la sien por una bala calibre 38, y fue así como sucedió todo».*

Al término de la diligencia, el comandante y el personal policial observaron como evidencia principal el espejo y la carta hallada en la alcoba de Ana Kamet y lo revelaron en una conferencia de prensa de señal abierta a los medios escritos y televisivos.



Drama Ellipsism

Edgar Samir

Mientras te miraba mi mente se inquietaba más, te escuchaba hablar, pero aunque me sonreías podía ver que no querías estar aquí, vi tus ojos y para mi desgracia ya no me encontraba ahí... No quedaba rastros de lo que decías sentir por mí.

Me hablabas sobre tu vida, yo sólo observaba fijamente y escuchaba con atención, hablabas sobre tus nuevos sueños y nuevas metas en las que yo ya no estaba, era cada vez más claro al omitir el “nosotros”, yo sonreí (sólo para consolarme) mientras te respondía:

—No sabes cuanto me alegra escucharte así de emocionada, sólo espero que todo te salga bien.

Y claro que lo notaste, cuando bajé mi mirada y no la regresé hacia ti, claro que notaste que algo en mí se había roto en esos segundos. No te sentiste culpable por nada, ni por haber elegido al orgullo antes que a nosotros, ni por haber olvidado nuestro tiempo y excusarte, ni por haber priorizado muchas cosas y olvidar lo nuestro, pero aún así sentiste lástima por mí.

Sé que no te interesaba mucho saber de lo que yo había hecho todos estos meses que no hablamos, pero por cortesía me preguntaste sonriente, ya podías adivinar la respuesta: que sin ti no encontré sentido a la estética salud y la preocupación por el mundo, que mi vida se resumía sólo en componer canciones y poemas, que aquel libro quedó consumido en el fuego pese a estar listo.

Que aquellas canciones ahora tenían tu nombre y era a ti a quien empecé a dedicar cada lágrima, cada suspiro, noche tras noche estuve preguntándome el porqué. ¿Acaso hice algo que provocara tu rechazo? ¿Acaso no era suficiente si lo daba todo? ¿Por qué de la noche a la mañana te cansaste de mis halagos, de mis mensajes, de mis miradas?.

No había duda de que mis ojeras eran esa cicatriz que me quedó por las heridas que me hiciste, te confirmaban que no te había olvidado, ni lo que sentía por ti, ni lo mucho que me dolió perderte.

Estabas segura de eso, estabas segura del desastre que habías dejado en mí cuando te fuiste de mi vida, estabas segura que dejaste mi mente, mi corazón y mi alma en la peor tristeza que había vivido. Aún así lo preguntaste, ¿era curiosidad acaso o en verdad te importaba saber si sería honesto al responder?, quizás te interesaba saber si cumpliría la promesa hasta el fin.

Así que respondí:

—He estado bien, no puedo decir más, aún así creo que te ha ido mejor que a mí.

Y sonreíste, sí, era la respuesta que esperabas, sabías que sería incapaz de confesarte todo el dolor que me habías causado, sabías que no te culparía por eso, cumplí mi promesa, jamás mentiría a menos que la verdad ponga en riesgo la vida de una persona o su imagen, o incluso, su paz.

Nos despedimos después de pláticas secundarias y temas de conversación que obviamente no nos importaban, me diste un abrazo y me deseaste lo mejor, es irónico, decirlo mientras te despides.

Llegué a casa, hice mis maletas y me acosté en mi cama, esa misma cama en la que planeábamos acunarnos juntos. Escuché nuestras canciones y cerré los ojos.

Entonces abracé a mis demonios y lloramos juntos... Perdón por no cumplir mis promesas, ahora tendré que irme sin ti.





Estudio de planta I
Santiago López



Alberca
Santiago López



Lovers I
Alessandra de Zaldo



Mamá de piedra
Andrea Fischer

Buscando amigos

María Elena Sarmiento

Yo debería estar estudiando en la universidad en lugar de unirme al grupo de fracasados que mastica alemán en esta escuela patito, pero a los de mi generación las cosas nos han tocado difíciles y todavía hay quien se atreve a decirnos que somos de cristal, que de cualquier cosa nos rompemos. Yo soy una mujer fuerte, empoderada, pero encerrada por las circunstancias a vivir entre cuatro paredes.

Me han reprobado dos veces en el examen de ingreso porque está hecho para que sólo entren los que vienen de sus bachilleratos preaprobados y supongo que también los que se encomiendan al santo amigo del moche o qué se yo. En otras épocas, era más fácil entrar.

Lo que ya no puedo es seguir sin nada que hacer. Justo me quedé varada en esta época de la pandemia en la que me encerré con toda la familia a vernos las caras. Ahora que al fin se abrieron las clases presenciales, al menos voy a aprovechar para estudiar lo que sea. Pretendo irme a estudiar a Alemania alguna maestría cuando al fin logre terminar la carrera, así que no está mal irme preparando. Algún día podré vivir por allá. México se ha convertido en un lugar horrible, inseguro, lleno de gente con ideas preconcebidas y que juzgan a los demás sólo por cómo se ven. Quiero pertenecer a un mundo de mayor alcance, donde cualquiera pueda ser ateo, gay o estar lleno de tatuajes. Expandiré mi mente en otras latitudes y llevaré una vida más plena, lejos de la incomprensión pueblerina que tienen la mayoría de mis compatriotas, sobre todo los más viejos.

Ya no hay ni dónde estacionarse. Esto sí que es increíble. Un perro está echado en el único lugar en el que me puedo quedar. Le toco el claxon pero sólo me mira y mueve la cola. Me bajo del coche y lo empujo a un lado. Él da un brinco y se monta en mi Tsuru. Se sienta muy derecho en el asiento del copiloto. Luego no para de rascarse. Está precioso. Es negro con el cuello y una patita blancos. Yo siempre he querido una mascota.

Me estaciono y él me sigue hasta la entrada de la escuela de alemán. Ahí un hombre cuyo gafete dice Roberto Torres blande una escoba contra él.

—Aquí no entran las pulgas —le dice, haciéndole la seña de “te estoy viendo”, ésa que se lleva dos dedos a los ojos y luego los apunta al pobre perrito que se regresa a sentarse junto a mi coche.

Yo miro a Roberto Torres con ojos de odio. Entiendo que no pueda dejar pasar animales, pero no hay necesidad de hablarles así.

También tienen sentimientos.

—Está más consentido de lo que se imagina, señorita. No crea que está desamparado. La vecina de enfrente, doña Silvana Silba, dice que hay que compadecerse de él. Es que ella también tiene comezón todo el tiempo. Por eso a veces le pone comida y agua y el perro sigue viniendo a sentarse en donde da el rayito de sol.

—¿No tiene dueño?

—Come mejor que muchos niños. Ah. Ahí acabo de barrer — le espeta en el momento en que ella pone su bota negra sobre el piso húmedo—. Trate de caminar por el otro lado.

Sólo hay una entrada al elevador. No sé a qué otro lado se refiera, pero yo voy emocionada de que al fin voy a volver a estudiar y a conocer al grupo que serán mis amigos por lo menos este semestre. Me ha costado encontrar quién me acepte tal como soy. Ojalá que me toque gente que sí quiera a los animales. No soporto a los que los tratan mal.

En el piso 4 hay cinco salones. Yo voy al uno. Ya hay varias personas sentadas y la maestra me señala un asiento. De inmediato, me dice:

—Guten Morgen. Ich bin Alviria Wagner. Und du?

Por la forma en la que se señaló al principio a ella misma y luego a mí, me imagino que se llama Alviria. Pobre, qué carga le pusieron, ni modo, y creo que me está preguntando cuál es mi nombre. Me señalo con la palma en el pecho y digo:

—Frida Gómez —me siento un poco ridícula, como si estuviera diciendo: Yo, Tarzán. Mantengo mi cara de póker. No quiero que piense que me estoy riendo de ella y me vaya a coger odio desde el principio.

La mujer busca en su lista y pone una palomita. Ah. Ya veo cómo va a ser. ¿Ni una palabra en español? Qué bueno. De verdad quiero aprender algo. Ya siento que la materia gris se me está haciendo engrudo. Me urge usarla y volver a vivir, a tener amigos, a reírme. El encierro me ha cambiado.

Los pupitres me recuerdan a los de la prepa, pero forman un círculo de tal manera que todos nos vemos las caras y eso es mucho mejor que tenerlos de espalda. Para mi sorpresa, la profesora habla en español:

—Este es el primer curso. Sé que todavía no se pueden presentar en alemán así que hoy será la única clase en donde permitiremos otro idioma. Si me gustaría conocerlos. Así que quisiera que cada uno se

presentara –señala a una señora ya mayor. Ella carraspea, se acomoda en su asiento y empieza:

– Buenos días. Yo soy Isabel Rosas –hace una pausa. Qué difícil hablar de uno mismo. A menos de que sea astronauta, ¿qué va a decir la pobre mujer? Tiene una cara de amargada que no puede con ella–. Estoy orgullosa de haber sido ama de casa y de sacar adelante a tres hijos profesionistas. Ahora que la menor ya se casó, al fin dispongo de tiempo para mí misma y creo que es el momento de aprender otro idioma.

No. Ésa no va poder ser mi amiga. No deja de mirarme los tatuajes y los piercings como si fueran contagiosos. ¿De verdad en el siglo XXI todavía hay mujeres que esperan a que sus hijos se casen por todas las leyes para poder hacer su vida? Qué hueva me dan. Me quejo de lo que nos tocó a mi generación, pero al menos nosotros sí podemos buscar lo que queremos. Antes no se atrevían a pensar fuera de lo que se esperaba de ellas. Qué horror. Pobres.

El siguiente hombre toma la palabra. Tiene unos treinta años más o menos y salvo porque usa bigote y me da un poco de asco todo lo que se pueda quedar atorado ahí, no está feo.

–Soy Alan Juárez y necesito sacar al menos 8 en este curso para que la empresa donde trabajo me lo pague, así que le voy a echar muchas ganas.

Los demás se ríen. Yo creo que por nervios porque no tiene nada de gracia lo que dijo. Qué triste que a su edad, todavía requiera una calificación mínima. Yo por eso voy a encontrar la forma de ser mi propio jefe. Estoy aquí porque me interesa aprender, no cómo me califique una maestra que tal vez ni siquiera terminó la primaria.

Luego la típica nerd toma la palabra. Se ve como de mi edad, unos 18 o 19 años, pero estoy segura de que vive a años luz de mí. Sus lentes de fondo de botella rosas, su colita de caballo cogida en lo alto como niña, la forma en la que se pone roja al empezar a hablar me hacen saber que ella tampoco puede ser mi amiga:

–Me llamo Lucía Puc –dice en un tono tan bajo que la maestra le pide que repita–. Estoy estudiando una maestría en la UNAM y necesito hablar un tercer idioma para recibirme. Escogí alemán porque era la escuela que me quedaba más cerca. La verdad es que no tengo mucho tiempo de trasladarme porque paso la mayor parte haciendo experimentos en el laboratorio. No soy muy buena para los idiomas, pero voy a hacer todo lo posible por aprender rápido y bien.

—La mejor forma de dominar un idioma es perdiendo la vergüenza —la interrumpe Alviria—. Lo único que puede impedir que hables alemán es que tú misma te frenes. Hay que soltarse hablando sin pena y verás que antes de lo que te imagines, ya puedes hablar con fluidez.

Lucía asiente. Yo dudo que ella se suelte hablando algún día en alemán, inglés, francés o náhuatl. Más bien, se ve del tipo que se queda callada siempre. Anda presumiendo que necesita titularse de su maestría como si todos tuviéramos la suerte de haber estudiado en una escuela privada o, al menos, en una con pase directo a la UNAM. Yo no podría ser amiga de una nerd así. Descartada.

El señor gordito que está sentado a su lado se levanta de su asiento y exclama con voz teatral:

—Soy Francisco Molina, para servirles. Detective privado —nos reparte una tarjeta a cada quien. Regresa a su lugar y exclama:—. Podría platicarles más de mí, pero tendría que matarlos.

Él se ríe de su propio chiste. No sé si por cortesía o por qué, los demás también reímos. El tipo podría llegar a ser simpático, pero tiene edad de ser mi abuelo. ¿Para qué quiero a un viejo como amigo? Nop. También él está descartado.

Cuando Francisco Molina se sienta, orgulloso evidentemente de lo que acaba de decir y se arrellana en su asiento en total autocomplacencia, la mujer a su lado comienza a hablar.

—Buenas tardes —revisa su reloj y se corrige: días, perdón. Buenos días. Me llamo Catalina Pascal, Cat para los amigos. Soy escritora y curiosa de nacimiento. Me interesa vivir nuevas experiencias y conocer nuevas personas...

Doña entusiasta sigue hablando con el tipo de optimismo empalagoso que no soporto. Uf. Ya se acabaron las posibilidades de conseguir amigos en esta clase. Ya no me queda nada que hacer.

Un niño entra mientras ella sigue hablando. Se ve un poco más chico que yo. Quién sabe. Alviria le pide que nos diga su nombre y el porque quiere estudiar esto y él se arranca:

—Soy Vicente Mandrujano y me gusta la cultura alemana. Ellos son precisos en todo lo que hacen.

—¿Y por qué quieres aprender su idioma?

—Yo quiero ser músico y no hay un mejor lugar donde estudiar percusiones que en un país donde la gente sea tan exacta. Mis primos y mis hermanos se han ido a estudiar al extranjero. Cuando me toque, yo quiero estar preparado.

Veo que los demás lo miran con admiración. Un niño que desde parvulitos está pensando en su jubilación. ¿A qué hora vive su juventud?

En mi turno, me presento. Miro a cada uno a los ojos para darles oportunidad de ver mis cabellos teñidos de blanco, mis piercings y mis hermosos tatuajes. Veo que mi presencia genera la incomodidad de los que no quieren mirarme con fijeza, pero no pueden evitarlo. Ni modo. Tendré que jugar el papel de toda la vida.

Cuando la clase termina, me despido con una media sonrisa y salgo del edificio. Al llegar al coche, el mismo perro pulgoso sigue esperándome. Le permito que se suba al asiento del copiloto y arranco rumbo a casa. En esta etapa de mi vida, tal vez el mejor amigo que necesito va a ser un perro. ¿Quién lo hubiera dicho?



Lucía Puc

Pita Escalona

Equis, mamá. Ya te dije que equis. Sólo hay una de mi edad. Los demás son puros abuelos. Hasta hay un detective, ¿puedes creer? No, de alemán no entendí nada, como siempre que me meto a estudiar algún idioma. Ya sabes, se me cierra el cerebro y nomás no me entra ni el *nein*, que significa no, en alemán. Sí, se pronuncia como el nueve en inglés. Ya ves, desde ahí me comienzo a mal viajar. Cómo que no me oíste. Te dije que sólo hay una más o menos de mi edad. No, nada que ver conmigo. No creo que podamos llevarnos bien. Es distinta, ya sabes, de esas medio loquillas con el pelo desteñido y llenas de tatuajes y piercings. Agrandada. Sí, a ella parece que se le facilita el alemán. Respondió todo. Tal vez algún día le pida su teléfono para que me resuelva alguna duda. ¿Cuál tirabuzón, mamá?, si estoy platicando contigo. La escolita, equis. Sí, equis. Pensé que era más chaca, pero es equis. Sí, tengo que hacer tarea. Escribir los números del uno al diez y buenos días, buenas tardes, y buenas noches. Eso parece fácil. Dijo la profesora que si al final del curso aprobamos, nos va a invitar a su casa a preparar galletas alemanas y Strudel de manzana. Eso sí me gustaría. Me gusta más cocinar postres que estudiar idiomas. Si no fuera porque necesito terminar la maestría para darles gusto, hubiera preferido estudiar para chef en una escuela de cocina. No, no te creas. No me hagas caso. Hay muchas cosas que me dan asco. Eso de cocinar vísceras o un conejo, no lo podría soportar. Sí, lo bueno es que puedo ir vestida y peinada como me gusta. Nadie me va a criticar, como en la UNAM, donde dicen que me visto como ñoña y me chiflan cuando llevo el moño rosa haciendo juego con mis anteojos. Acá es distinto. A nadie le importa cómo te vistas. Necesito comprar un diccionario alemán-español. En la escolita no venden nada. Sólo hay dos máquinas, una de comida chatarra y otra de refrescos. Hay un garrafón de agua para tomar con vasitos de papel, pero esos a mí me saben a medicina. Bueno, me lavo los dientes y me voy. Ojalá todavía esté abierta la librería. Luego me esperan en el laboratorio para continuar con el experimento de hoy. Ya sueño con tubos de ensaye, matraces, probetas, pipetas y por supuesto el microscopio. Lo bueno es que trabajamos en equipo y a mí siempre me toman de secretaria por mi letra bonita. A los demás no se les entiende nada. Desde siempre han tenido letra de doctor. ¡Nos vemos, Ma!

Alvira Wagner, o la vida como una colmena

Cecilia Durán Mena

Aquella mañana inveral, Alvira Wagner corrió para alcanzar el Metrobús y lo logró, traspasó el umbral del vagón justo al momento en el que se cerraron las puertas. Inspiró para acompasar la respiración, retiró las gotas de sudor que tenía en la frente con un pañuelo desechable que hizo bolita y metió en el bolsillo de la chamarra, se recargó en el tubo cromado que sirve para sujetarse y al mirar al frente contempló su reflejo en el vidrio de la ventana. Ahí estaba la obra de la bendita decisión de cortarse el pelo. Se llevó las manos detrás de las orejas que ahora quedaban totalmente expuestas al sol. Cayó en la cuenta de que más que un símbolo de contracultura, parecía una apache con medio casquete afeitado y una banda de pelo que daba la impresión de ser un penacho. Lo que intentó ser un cambio teatral logró su propósito, pero con un efecto contraproducente: se veía vieja.

La cabellera tan rubia parecía una mata de canas blancas, los ojos tan azules lucían marchitos y la piel tan clara y reseca se quebraba en una maraña de líneas finas que le recorrían el rostro, el cuello y el escote. Además, ahora quedaba expuesto el aparato de audición que antes se ocultaba con el pelo. Suspiró. Sintió deseos de arrancase el tapabocas y lanzarlo al suelo, pero se contuvo. Tal vez, no fue una buena idea, se dijo con la certeza de que la ocurrencia había sido pésima y la nueva imagen le sentaba fatal. Además, se veía más gorda. Paseó la mirada para ver si encontraba algún lugar libre y no, no encontró nada. Los asientos iban ocupados, aunque el vagón no estaba tan lleno, no era hora pico. Consultó el reloj. Faltaban dos estaciones para llegar a Dr. Gálvez, así que, si el Metrobus avanzaba rápido, llegaría a puntual a dar su clase. La puntualidad es la cortesía de los reyes, recordó que le decía su padre. Miró de nuevo su reflejo. Lo que pensaría su madre si la viera. Es pelo, pensó. Ya crecerá, se dijo a modo de disculpa, como si se estuviera pidiendo perdón por la atrocidad.

Desde luego, Alvira sabía que ésa no era la peor barbaridad que había perpetrado. El corte de pelo fue el remate a la edificación barroca de decisiones que la llenaron de tristeza y la tenían de vuelta en la Ciudad de México, dando clases de alemán. ¿A dónde se fueron todos esos sueños de grandeza? Se reventaron, de la misma manera en que estallaron las ínfulas de superioridad. Malas decisiones que trajeron peores elecciones. Quemar naves para irse a vivir a Berlín. Vender las propiedades que le tocaron como herencia para escapar de la corrupción, la injusticia, la inseguridad;

cambiar todo el dinero a Euros; correr a buscar las raíces familiares; ir tras los rastros anteriores a la migración de sus padres; peregrinar para encontrarse con el sueño que tejieron los recuerdos de sus abuelos; pisar y habitar la tierra que los vio nacer; vivir como gente civilizada aunque eso significara romper con los lazos tradicionales impuestos por la propia familia; irse sin decir a dónde; llegar a la capital alemana; entrar a una comunidad poliamorosa; enamorarse y pedir exclusividad; dar votos de amor; entender demasiado tarde que la habían robado; caer en la conclusión de que eso de que para atrás ni para tomar vuelo, se desintegró igual de rápido que sus fondos. México se le reveló como un territorio anhelado, el país del asco se convirtió en tierra promisoría. Allí se vive mejor, hay mejor clima y la gente es amable. El Tercer Mundo tiene sus ventajas.

Su futuro magnífico en el desarrollo devino en su vuelta a México con la cabeza gacha a pedir a su hermano mayor —un asqueroso capitalista que ahora le pagaba la renta y sufragaba la mayoría de sus gastos— una ayuda que, en el fondo, jamás agradecería. Sí, Alvira sabía que el corte de pelo no era la peor barbaridad que se había autoinfligido, pero sólo lo reconocería en escasos instantes de silencio que se desintegrarían a la velocidad con la que ella despilfarró lo que sus padres creyeron le bastaría para que ella heredara a varias generaciones subsecuentes. Pobres de mis papás, decía al pensar su situación. Pobre, Alvira, decía su hermano y le estiraba más billetes que los que le solicitaban. Lo hacía con sinceridad genuina y generosidad fraternal que ella recibía como si lo mereciera.

¿Qué salió mal? Respondía que en Berlín hace mucho frío en diciembre, anochece muy temprano y eso entristece el alma. No admitía que un desastre no se provoca de un día a otro ni se hacía cargo de la cadena eslabonada de malas decisiones. Ser polivinílica parecía tan buena idea. Había leído que muchas relaciones abiertas duraban más que la monogámicas y que las comunidades poliamorosas propiciaban convivencias de cooperación maravillosa. Le resultaba glorioso eso enamorarse libremente sin tener que preocuparse por limitar sus sentimientos a una persona por toda la eternidad. Le atrajo tanto la posibilidad de despojarse de los grilletes sociales y tener el medio de amar a tantas personas como su corazón pudiera. Y, claro que al principio fue así.

Fueron meses divertidos y sorprendentes. El vértigo de la novedad, la relación en la que todos los individuos son conscientes del otro, la existencia que se extiende a todos los que participan del amor abierto en el que no hay envidias ni celos ni ese sentimiento destructivo de pertenencia. Una vida libre de exclusividades en la que se comparte todo con todos. La vida como una colmena.

Lo malo fue cuando dejó de ser la novedad, cuando ya no era el sabor preferido, cuando llegó alguien más, y luego otros y otras. Lo

peor fue cuando ella dejó de disfrutar viendo como los demás gozaban, se saboreaban unos a otros sin tomarla en cuenta. Ser espectador no era tan glorioso como lo imaginó. El aturdimiento de estar intercambiando parejas todo el tiempo, la mareó. Tratar de encontrar personas que sean compatibles o simplemente tolerantes entre sí puede ser un desafío. Un desafío para el que Alvira no estaba preparada. No se dio cuenta de que es bastante complicado que otras personas se lleven bien, aunque ella creyera ser el punto de unión de la relación poliamorosa. Los celos fueron un problema, claro; pero no fueron el peor inconveniente. El dinero fue la prueba no superada. Especialmente, cuando se acabó el de ella y los demás mostraron sus reservas a la hora de ser recíprocos. Cuando la exclusividad significó un pacto de unilateralidad en el que ella cumplió, dio todo, hasta sus datos bancarios confidenciales. La vaciaron, se quedó con un hueco tan grande que abarcó sus estados de cuenta, sus muebles, su corazón y su mente. Al quedarse tan sola como la una, los argumentos a favor de seguir siendo berlinesa se desbarataron como el muñequito de jengibre humedecido en leche. La colmena se derritió.

Volvió. Recibió ayuda de su hermano mayor. Reculó. Aceptó seguir el consejo y dar clases de alemán. El tiempo no pasa en vano y después de los treinta y cinco todos son viejos para conseguir empleo, sin importar los grados de estudio o la experiencia internacional. Consiguió horas en varias universidades particulares de niños ricos que le pagaban muy bien, en alguna universidad del estado que le pagaba casi nada pero que le calmaba la cuota social para no sentirse una alimaña al servicio del capital y para completar su ingreso —hay que pagar las cuentas—, le dieron unas horas en el Instituto de Lenguas en San Ángel propiedad de su madrina, la mejor amiga de su madre. Ese era el lugar en el que más odiaba dar clase. Detestaba todos los lugares en los que trabajaba, pero ese le resultaba el peor. Además, eso de ir al arranque de las clases de alemán en ese lugar, realmente le repateaba. Desde el conserje ese mal encarado que siempre dice: “por la orillita que estoy trapeando”, hasta los estudiantes que igual pisaban el suelo mojado sin ponerle atención.

No dejaba de tener razón. Al Instituto de Lenguas de San Ángel caían los especímenes más raros a aprender idiomas. Lo mismo llegaba un jubilado que no sabía que hacer con su tiempo, que un doctorante en necesidad de acreditar una lengua extranjera, que aspirantes a becas, que viejas con comezón, mocosos con pretensiones musicales: puñados de fracasados consumados o en vías de enrolarse en las filas del desengaño. Pero el peor, al que Alvira no aguantaba a un tal Francisco Molina Hoyo que andaba inventando que ella trabajaba en un cabaret en Berlín en donde la conoció Don Fernando, su patrón. Sí, sí, si supiera. Lo peor era que Molina y Frida Gómez siempre se inscribían a sus cursos.

El Metrobus frenó. Un pisotón de alguno de los pasajeros que salieron apresurados del vagón trajo de vuelta a Alvira Wagner al aquí y ahora. No hay como el dolor para regresar al estado de consciencia plena. Bajó en la estación Dr. Gálvez y cruzó a paso veloz la calle de Insurgentes para adentrarse en la calle empedrada de Amargura. En la puerta del Instituto estaba un perro pulgoso que se rascaba la oreja con la pata izquierda con tanto entusiasmo que parecía que se la iría a arrancar. Vio que Sergio, el policía de la cuadra, estaba dejando una multa de tránsito en el parabrisas de ese necio que insiste en dejar su coche mal estacionado. Creyó que la recepcionista le diría algo por su nuevo corte de pelo, pero ni ella ni el conserje ni ninguno de sus compañeros en el salón de maestros emitieron opinión. Al pasar frente a la oficina de don Memo el de contabilidad, un tipo excesivamente gordo y enamoradizo, se asomó con la esperanza de recibir algún comentario, pero no estaba en su lugar, tal vez se levantó al baño. Era de los que iban mucho al baño y se llevaba una revista, sabría Dios para qué. Se topó con Bertha Ditchtoldt, la maestra del salón de al lado que apenas la saludó. Tampoco sus alumnos parecieron notar nada. Sintió un bulto de melancolía en la garganta, hubiera preferido recibir alguna crítica, una burla o una broma. Ese silencio le dolía.

Todos estaban concentrados en la pantalla de sus teléfonos. Ninguno respondió a su *hallo, guten morgen*. Se topó con la misma mezcolanza de siempre: preuniversitarios que no pasaron el examen de admisión y ahí están para compensar el tiempo, oficinistas mal trajeados, futuros turistas que se mueren por pedir de desayunar en alemán, jubilados de caras largas, alguna que otra interesada en leer a Goethe en idioma original. Alvira Wagner se sentó en el escritorio, encendió los aparatos tal como lo indicaba la etiqueta pegada al pizarrón: primero la computadora, luego el proyector, al último la cámara. Abrió la aplicación de Zoom, introdujo el número de reunión y contraseña. Bajó el volumen de sus aparatos auditivos y se rio bajito. Entró sin silenciar el micrófono con toda intención de que el ruido del eco les reventara el tímpano a sus alumnos presenciales y virtuales. *Hallo, guten morgen*, repitió. Por lo menos, ahora algunos le respondieron. En la pantalla, aparecían cuadritos con letras o imágenes en vez de los rostros de los estudiantes. Nadie enciende la cámara. Parece que le da clases a un tostador. ¿Para qué están aquí si no les interesa?, se pregunta mientras rumea el sabor amargo de sentirse ignorada. No les veía el rostro a los que asistían a clases en forma virtual ni a los que estaban en presencial ya que el tapabocas les cubría la mitad del rostro.

Empezó a pasar lista. Subió un poco el volumen de sus aparatos para escuchar. Frida Gómez contestó con un desgano que le cayó en el centro del hígado a su maestra de alemán. Le irrita. Otra vez, otra vez se volvió a inscribir en su grupo. Alvira Wagner no soporta que Frida

se sienta que hace el favor de su presencia a todos sus compañeros, le enfada que se sienta la protagonista del cuento. Esa sonrisa de suficiencia la hace sentirse un personaje secundario. ¿No se da cuenta de que ella es un simple lugar común? Con esas ínfulas de personaje principal, con esa sonrisa de perro café, con esas seguridades de conquistar el mundo, verla le causaba dolor de estómago. Así, dar clase la hacía sentir como esos elementos que ayudan a avanzar una historia, un pretexto anecdótico, un auxilio retórico. Una más. La academia es para mediocres que no triunfaron en el mundo, sentía que le decía sin usar palabras, parecía que la alumna le ensartaba un alfiler en los ojos al mirarla. ¿Por qué se volvió a inscribir conmigo?, se pregunta.

Frida la impacientaba. Alvira Wagner quiere ser la protagonista del cuento, quiere ser ella la que domine el relato, la que lleve el timón y le de dirección a la trama. Pero, ¿cuándo puede una profesora de alemán albergar semejantes aspiraciones? Un maestro de alemán es un simple complemento, liso y llano. Un escalón que otros usan para alcanzar sus metas, sus objetivos sobrevalorados, sus sueños de grandeza que no son más que fantasías mediocres. Incluso, resultaba más interesante la historia que el chismoso de Francisco Molina Hoyo andaba desperdigando por ahí. Ponía los ojos en blanco y se imaginaba que tal vez le hubiera ido mejor de cabaretera en un tugurio de las afueras de Berlín, bailando para inmigrantes turcos. O, tal vez le iría mejor si fuera el perro con comezón que se topó al entrar al Instituto.

Alvira Wagner sabe, vaya que sabe de lo que se tratan esos anhelos. Sabe de roturas que no se van a enmendar. Pasa los nombres de los que aspiran a aprender un idioma extranjero para salir de la mediocridad de una colonia clasemediera, del polvo del transporte público, de la grasa de la comida casera, de la lengua de trapo que no logra —ni logrará— un acento limpio, de los que creen que yendo a otro lado escapan sin saber que su calabozo lo traen a cuestras.

Al terminar de pasar lista, se hace un silencio que a ella le resulta pastoso, incómodo. Aprieta los labios, quiere salir corriendo. Se ve como una isla abandonada en medio de un mar inmenso. Ni modo, así no se puede tener un lugar protagónico. Mira a sus estudiantes, *Wir beginnen mit der heutigen Stunde*. Frida responde sin entusiasmo *Ja*. En un acto reflejo, se lleva la mano al pelo, recuerda su corte nuevo, sube el volumen de los aparatos auditivos y se limpia una lágrima con la bolita de papel que una vez fue pañuelo desechable.



Un divorcio difícil

Jaime Valdés

Me gusta ver por el cristal del ventanal de mi cocina que da al patio. Hay plantas verdes, algunas vivas y otras abandonadas, más bien todas abandonadas y sólo sobreviven las más silvestres. Veo a mi perro rascarse. No para de rascarse.

Siento un ruido en mi estómago y recuerdo que vine a la cocina a preparar avena así que doy media vuelta hacia la despensa. Saco las hojuelas de avena, el piloncillo y la leche del refrigerador. Agua, leche, ojuelas, piloncillo rayado y un poco de vainilla en una olla. ¡Que rico! Todo mezclado al fuego.

Que extraño que mientras meneo la avena, me viene el recuerdo de Lucía, mi hija. La veo callada. Le ha afectado el divorcio. Me gustaría que fuese más dinámica, viva, llena de tatuajes y piercings como las chicas que veo en el metrobus. Me debería tatuar yo, también ponerme piercings en la nariz y orejas y en vez de curbrir mis canas, me tiño el pelo de blanco.

Estaba en eso cuando sonó el teléfono, bajé la flama de la estufa y fui a contestar.

— ¿Bueno?

— ¿Catalina Pascal? Se escucha del otro lado una voz de mujer

— Sí, ¿quién habla?

— No importa, tengo cinco minutos, dame cinco minutos

— ¿Quién eres? Tengo avena en la lumbre

— ¿Avena a estas horas? ¡Son las 2:30 de la tarde!

— ¡A ti que te importa lo que coma!

— Tienes razón. Mira te llamo para ofrecerte que escribas un cuento para la revista “Pretextos lierarios” de circulación nacional. Pagamos mil pesos por cuartilla y debe traer máximo cuatro cuartillas.

— ¿Qué?

— Sí, un cuento corto de cuatro cuartillas por cuatro mil pesos.

Bueno, ¿no?

— ¿Cómo sabes de mí?

— Lo se todo. No importa.

— Llama más tarde, tengo avena en la lumbre...

— Hay un solo requisito

— ¡Tengo avena en la lumbre!

— Lo tienes que traducir al alemán: este número se va a la feria del libro de Frankfurt

— Pero yo no sé alemán

— Tienes dos semanas. Te busco luego.

Iba a preguntarle ¿quién eres? cuando colgó.

No sé alemán. ¡La avena! Fui corriendo a la cocina y vi a mi perro rascando la puerta de la cocina. “Luego te doy a ti perro pulgoso” le dije. Ahí me detuve a pensar en que me convenía hacer ese trabajo. Había estado pensando en que hacer con mi vida después del divorcio. Después de ser ama de casa toda la vida, ahora quería hacer algo distinto. Quizás esta llamada era el destino que me daba la respuesta.

Ahí parada frente al ventanal, mirando a mi perro rascarse, me imaginé tomando un curso de cuento, como los que anuncian en “El Péndulo” y por pura necesidad, un curso de alemán, en alguna escuela patito eso sí, por qué no podría pagar el Centro Cultural Alemán.

Sonó el timbre de la puerta. Es mi vecina Silvana que viene a sacar al perro. Y así en pijama fui a abrir. Era ella, más flaca que el Quijote y también, no para de rascarse.

— ¿Vienes por el perro?, pregunté

— No, respondió rascandose la cabeza y las costillas. Te vengo a decir que ya no lo voy a sacar, la última vez me pasó las pulgas.

— ¡Que te pasa! Mi perro está limpio. Volteé a verlo de reojo y se rascaba.

— Pues ya no voy a venir

— ¡Mi perro no tiene pulgas! Le grite y le cerré la puerta en las narices.

Escuché que desde fuera silbó una mentada de madre.

Llamé al perro para soltarselo y cuando abrí la puerta no había nadie. “Al perro más flaco se le cargan todas las pulgas” pensé de la vecina, no de mi perro.

¡La avena! Me dirigí a la cocina desde el patio y vi mi destartalado Tsuru. Me detuve y pensé en escribir un cuento sobre mi Tsuru y mi perro, ¿por qué no? También voy a poner un crimen, eso dicen los que saben, o más bien, un detective.

¡La avena! Corrí a la cocina y no había nada, ni olla ni avena. Me volteé al ventanal otra vez pasmada. Estaba desconcertada, como aturdida. Vi las plantas abandonadas, el viejo Tsuru y a mi perro rascándose. Solo se me ocurrió poner una ópera de Wagner para inspirarme en aquello del alemán.

Wagner. Puse Tristan e Isolda en mi viejo aparato de CD's y se me ocurrió por puntada nombrar a un personaje del cuento, así: Wagner, como Wagner Tiso el cantante. Ya veré. Me senté en el escritorio, abrí la computadora y vi el auricular del teléfono descogado. Me acordé que estaba cortado: no lo había pagado. Lo colgué.

Vi la computadora en blanco y empecé a escribir:

“Yo debería estar estudiando en la universidad en lugar de unirme al grupo de fracasados que estudia alemán en esta escuela patito, pero a los de mi generación, las cosas nos han tocado difíciles”

Un buen comienzo, pensé.



MOLIYO stigaciones A.C. Detectives

Francisco Duarte Cué

Esto de tener que ir al arranque de las clases del idioma alemán, de plano, me repatea, pero la pura lealtad a don Fernando, (el patrón), logra que el aguante sea una fuente de gozo. Me presento: Francisco Molina Hoyo, detective de profesión y formación; privado porque nunca me dieron chamba de fijo en la oficina federal de investigaciones especiales, pero cada que algo se les atora o requiere tratamiento discreto me buscan con cierta desesperación. Esto me ha sido siempre muy conveniente porque me pagan más de lo de costumbre con tal de que el problema se resuelva sin que se divulgue el conjunto de fallas de la oficina federal.

La cosa arranca mal desde que el barrendero ese que tienen en la puerta del local sale con sus payasadas de “por la orillita que estoy trapeando”, “soy el *bedel*, como en Europa” o la más molesta “espérese a que le diga cuándo puede pasar”. El problema serio es que, de no hacerle caso, Sergio su compadre el policía de la cuadra, con toda amabilidad coloca una multa de tránsito en el parabrisas del auto.

La maestra Alviria, de maestra, no tiene nada. Ella trabajaba en un cabaret en Alemania que fue donde la conoció el patrón. Hacía un show de adivinación que se basaba en unas claves escondidas entre las preguntas que le formulaba un compañero de chamba. Con ese cuento se la trajo a la ciudad don Fernando, porque nos iba a enseñar a intercomunicarnos con esas claves, cosa que nunca pudo hacer dadas las enormes diferencias entre los idiomas. Al tiempo el propio Patrón se trajo a un argentino que trabajaba en lo mismo y algo nos enseñó. A él le salía tan bien, que hasta puso un restaurante en donde efectuaba el show todas las noches; creo que ya murió con todo y su negocio que quedaba allá por la zona sur. Así mero fueron llegando más personas a dar clases de idiomas, muchas de ellas amigas de la señora Alviria; fue como se inició dando clases en nuestro país Bertha Dichtoldt la maestra que desde hace tiempo ocupa el salón de junto.

La señora Bertha, (que tampoco es maestra, es más ni sabe dar clases), también era integrante del espectáculo en Alemania solo que ella hacía malabares con piezas de cerámica que recogía de las mesas: tazas, ceniceros, floreros y lo que se fuera encontrando. Vino a dar a México al poco tiempo de que se abrió la academia de idiomas porque urgía tener quien llenara los huecos del profesorado que exigían los alumnos que se inscribieron en cuanto vieron la publicidad de las clases de idiomas

extranjeros. En aquellas épocas no había tanta oferta de cursos como ahora, era otra ciudad, mucho menos cosmopolita; eran épocas en las que hablar por teléfono a larga distancia era un lujo para los millonarios.

Ya en la clase la cosa no mejora. Eso de tener que presentarse ante una bola de desconocidos que cambia a cada rato no puede ser del agrado de nadie, y menos, de alguien en mi giro de chamba. No puedo andar dando la menor información de lo que hago y luego la alemana se enoja si no le sigo el hilo a sus peticiones de diálogo estudiantil. Por eso es que les salgo siempre con la vacilada de que, si les digo más, los tendría que matar luego.

Pasado este molesto momento de la clase, me hago pato un rato y hago como que voy al baño tras haber visto a los nuevos integrantes del grupo. Siempre caen más o menos en la misma mezclolanza: universitarios, oficinistas mal trajeados, amas de casa aburridas, viajeros en potencia y uno que otro amante del idioma que quiere empezar a leer a Goethe. Siempre han sido buenas personas, gente del día a día sin faltar alguno llamativo como la chamaca que llegó ahora y está toda tatuada y llena de fierritos injertados en la cara y orejas.

En realidad, me salgo para pasar a ver a don Memo el de contabilidad para pagar mi colegiatura. Es una cantidad simbólica que nos indican a los detectives privados con licencia que depositemos para mantenernos vigentes en el registro federal; algo corrupto, pero nos mantiene activos y con las debidas credenciales. Nunca me ha parecido bueno el mecanismo, pero no me queda de otra si quiero seguir tomando fotos a todo mundo y andar discretamente armado por entre las calles.

Ya pasado el asunto financiero, (que bastante me duele), parto por una cerveza al changarro alsaciano de la esquina que parece quilla de barco, de ahí al despacho a redactar una tarjeta informativa con lo que vi en el aula, para luego llevársela al secretario particular de don Fernando en un sobrecito blanco con mis datos grabados al frente en tinta verde oscuro. Esta es la parte final de la chamba que me encarga cada tres meses que arranca un nuevo grupo de idiomas, lo cual me permite mantenerme legalmente activo.

Mis depósitos y los de otros compañeros, al mero jefe le permiten sin que, casi nadie lo sepa, mantener a Alvirita, la hija que tiene con la maestra Dichtoldt, quien siempre ha querido apellidarse como don Fernando.



Qué bien friegan, aunque no me puedo enojar

Juan Antonio Díaz Becerra

Hasta los humanos piensan que es muy difícil llevar una vida de perro, pero no tienen idea de lo que significa. No desaprovechan ocasión para molestarme, un bello ejemplo es esta güerita que llega con su reluciente coche tocando la bocina de manera desaforada para que me quite del lugar en donde plácidamente me puse para descansar mis huesitos.

¿No se da cuenta que yo llegué primero? ¿Por ser humana considera que tiene privilegios de hacer lo que se le antoje? ¿El feminismo no lucha para que no se le den prerrogativas por ser mujer? Puede encontrar otro lugar aunque le quede más distante, le hace bien caminar un poco más.

¿Vale la pena luchar contra sus deseos? Mejor me vengo, en la primera oportunidad que se me presente me subo a su coche y poso mis nalguitas en su mullido asiento, no importa que sea por mucho o poco tiempo.

Milagro, parece que mi gallardía la ha conquistado. En lugar de gritarme o correrme me ha dado algunas palmaditas en la espalda y con amabilidad me ha invitado a que la siga.

Aun así, deberían hacer una oficina gubernamental de atención canina en donde pudiera inscribirme en el grupo de animales desprotegidos por abandono de sus dueños. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me corrieron de casa? ¿Es justo que me echaran a la calle por el simple hecho de que llegara un bebé y supusieran que le podía pegar cien mil enfermedades?

Lo que más me dolió fue cuando me quitaron mi placa, no sólo era deshacerse de mí sino incluso desquebrajar mi identidad. Ni cuando me castraron me dolió tanto, aunque entendí que ya no podría tener descendencia, pero ahora borrar mi nombre me significó que mis dueños no tienen madre.

De un momento a otro, pasé a ser un miembro más de esa paria de perros callejeros, de aquellos animales que son invisibles hasta que les provocan una molestia, que no nos matan porque no les gusta ver sangre o no sé por qué. ¿Qué se puede esperar de los humanos?

Pasé noches inconsolables tratando de asimilar mi desgracia, sollozaba en cualquier lugar y todo el tiempo, caminaba con la cola

entre las patas sin ánimo y sin ganas de hacer nada. No me importaba que mi estómago estuviera pegado a mis huesos, no tenía hambre, ya ni me acordaba de los días en que jugaba con mi carnaza ni que tenía el plato rebosante de comida.

Mi cómoda camita paso a ser un recuerdo difuso, ni quién se acordara de mi casa de madera con mi nombre en la fachada. Tuve que conformarme con el suelo duro que encontraba en espacios que me proporcionaban cierto resguardo ante la lluvia, el frío o el viento.

Cansado y flaco, un día me di por derrotado, me tumbé en el pavimento de una calle sin nombre para mí y de pronto un rayito de sol medio calentó mi cuerpo por lo que decidí quedarme ahí. Fue una gran medida que tomé pues en cierto grado cambió mi vida en positivo. Por eso me he vuelto un necio y me cuesta mucho trabajo que alguien venga y trate de quitarme de mi reino. No por ello dejo de reconocer que pertenezco a un grupo minoritario y desprotegido.

Esa es una verdad que no quiere aceptar ese señor que cuida la puerta del edificio y por eso franquea mi camino y me impide entrar en su territorio. Por el hecho de tener una escoba en sus manos se cree el dueño de este inmueble. No sólo desquita la frustración de su vida conmigo, sino con quien puede, veo que ahora parece regañar a mi nueva amiga, aunque no comprendo por qué. Celebro moviendo mi colita que ella no se deja y logra seguir con paso seguro.

Si mal no entiendo en ese lugar se enseña alemán. Me importa un cacahuete entrar o ¿conocen a un perro que ladre en ese idioma? ¿De qué me serviría saber algunas frases de esa lengua? Mi carita de perro bueno me alcanza y sobra para lograr lo que quiero.

A pesar de que estuvieron a punto de darme un escobazo, no quiero parecer un perro quejoso, no me puedo molestar de que las cosas no salgan como yo quiero, no me puedo enojar pues la vida no ha sido tan cruel conmigo.

Recuerdo a doña Silvana, que a pesar de que se la pasa rasque y rasque, se da su tiempo para darme de comer y no con sobras sino que tiene a bien ir a la tienda de la esquina a comprarme de esas croquetas que me encantan.

Por lo pronto, no me queda más que esperar un rato a que salga mi güerita querida a ver que más me puede dar, quizá hasta me lleve a su casa.



Vicente Madrujano

Norma Soffer

Es la hora de la cena, los tres están sentados como de costumbre: Mamá Marisol, Vicente y el doctor.

Vicente no sabe cómo iniciar la conversación. Es hora de que su padre se entere de que no va a estudiar medicina, que con él se rompe la tradición de cinco generaciones de médicos en la familia. No lo ha tomado a la ligera. Ha visto todos los videos en You Tube que ha encontrado hasta la fecha para no boicotear la posibilidad de continuar con el legado; sobre todo, para heredar, poco a poco, toda la clientela que tiene su padre.

Pero es por demás, no le gustan los lunares, los pelos, las manchas, las quemaduras, los niños que se abren las frentes en recreo, las gordas barrosas que se exprimen los granos, el líquido verde que se asoma en los extremos de las costras, el pus. Las palabras *mezquinos* y *verrugas* le quitan hasta el apetito.

—No voy a estudiar Medicina —dice Vicente cuando su mamá toma un pan recién horneado y lo coloca en el plato de su marido.

—¿Perdón? —habla el doctor Madrujano creyendo no entender del todo el comentario de su único y rebelde hijo.

—No voy a estudiar medicina.

—¿Y qué vas a estudiar entonces? —interviene Marisol para bajar la tensión que seguramente estaba sacando de sus cabales al doctor.

—Música.

—¿No encontraste algo más inútil? —el doctor pega con su puño sobre la mesa de cristal; todo se tambalea: los vasos con agua hasta la mitad, la botella de vino que lleva diez minutos respirando

—¿Por qué no cine, producción de largometrajes? ¡Ya sé!, fotografía de fauna en extinción.

Vicente se levanta de la mesa sin apenas tocar la vajilla blanca que se usa solo los viernes en la casa Madrujano.

—Voy a ser un gran músico, pero no de los del Conservatorio Nacional de Música de esta cagada de ciudad, que nadie los voltea a ver. Voy a ser un músico en BPhil. Voy a tener un departamento en Berlín. Voy a ser famoso, voy a recorrer el mundo.

—¿Famoso? Apenas hablas tres palabras en inglés, después

de haberte mandado un semestre de intercambio a Austin —dice el dr. Madrujano — ¡Ya me imagino lo rápido que aprenderás el alemán!

Vicente no puede escuchar la oración completa porque ya se encuentra a mitad del pasillo que conduce a su habitación. Lo espera un video de percusiones en su recámara y le cuelgan al cuello unos audífonos que recién está estrenando.

—Ni creas que yo te voy a pagar esas clases. Ni tampoco una carrera de músico en Berlín. ¡Faltaba más! —grita el doctor, pero Vicente ya no puede escucharlo.



Isabel

Ángeles Montes de Oca

Estaba nerviosa. Desde que Fabián murió no había notado lo feliz que estoy y si lo noté no podía confesármelo ni a mí misma. ¡Y ahora que por fin la Nena se casó... bueno ya no puedo ocultármelo más! Apenas el sábado los dejé en el aeropuerto para su luna miel. Al despedirnos, la Nena muy comprensiva me dijo:

—Mamita, yo sé que no hay ni habrá otro hombre en el mundo como mi papi, pero si en tu clase de alemán hay algún ruco que te tire la onda, por mí no te preocupes. Yo soy bien aliviada, no como mis hermanos, par de Godínez, que creen que debes quedarte sola a cuidar a sus enanos. Nosotros ni hijos vamos a tener. Nomás ahí te encargo al Chato, le das sus croquetas cada cuatro horas (ya ves que si come de golpe le da diarrea) y su premiecito después del paseo en el parque. Ah, y límpiale las patas, porfás, no se le vaya a subir una garrapata. ¡Ay, ma' cómo te amo! Te voy a extrañar. Me voy tranquila de que Chatito se queda contigo. Y me da tanto gusto que quieras superarte. ¡Estoy tan pero tan orgullosa de ti! No cualquiera a tu edad se pone a estudiar. Y el idioma, aunque no lo aprendas, te va a ayudar mucho a que no te dé Alzheimer. ¡Disfruta tu clase de alemán! Te amo ma'. Ciao.

Si supiera esta babosa todas las que me hizo el desgraciado de Fabián, sólo lo aguanté por ellos. Ojalá no haya otro hombre como él en el mundo. Y ora ésta “no hijos”, pero qué tal el Chato que hasta duerme en cunita y lo visten de superhéroe los muy idiotas. ¡Un mes más tendré que cuidar al chiqueado perro!

A pesar de todo no me quejo; después de ocho años de noviazgo, al fin el mazacote del Santi le pidió matrimonio, y lo realmente maravilloso es que los de la constructora les entregarán su departamento. Por ese solo hecho le estaré eternamente agradecida. Estuvimos a punto de la boda hace dos años, pero la mugrosa pandemia lo estropeó todo y para colmo durante los dieciocho meses de encierro tuve que aguantarlos a los tres 24/7. Sin contar a los chiquillos de Tavo, que porque a él y su mujer no los dejaban trabajar en línea y que no alcanzaba la señal en su depa. Lo real es que la conchuda de Marcela se volvía loca con sus propios hijos. Y yo tuve que empezar de nuevo la primaria con Tavito y más: tuve que agarrarle la onda a las clases virtuales y hacerme cargo de ellos “que porque la casa es grande”. Creo que ni me preguntaron si podía o quería echarme el compromiso, y aparte hacer comida para todos.

Hasta eso que Fabiola mi hija mayor y Juan Pablo no me dieron lata. Ni los he visto. Les entró tal pánico al coronavirus que siguen confinados con Andreíta. Y hasta donde sé ya les dio TOC a todos. ¡Pobre niña, no la dejan ir a la escuela ahora que las clases ya son presenciales!

Para rematar eso de “Estoy muy orgullosa de ti, ma’. Me da mucho gusto que quieras superarte”. ¿Superarme? ¿Superarme? Güey, no tiene ni idea de quién soy, de cómo pienso, de todo lo que dejé por dedicarme a criarlos, a que estudiaran desde el kínder hasta sus interminables y costosos posgrados, todas las horas que esperé por los tres en el karate, la música, la natación, el parkour, el Kumon, la gimnasia. Ah, pero qué tal se burló la Nena cuando me puse a buscar clases de alemán en la computadora. Sí, claro, le pedí ayuda con la inscripción y el pago por pay pal, pues yo no sé esas cosas, me da miedo meter mi tarjeta al internet. Va a ver la muy bruta; no sólo me inscribí al alemán, también contraté al chavito del ciber para que me dé clases de computación, ya me instaló el Instagram y me enseñó a usarlo. No quiero depender de nadie.

¡Alzheimer! Alzheimer me va a dar cuando regresen, ya no voy a reconocer a nadie ni a recibirlos en casa. Sé que a esta edad ya no aprendo como antes, pero si ya esperé treinta y cuatro años, qué más da otros dos o tres. Aprenderé alemán.

Quiero recorrer el mundo. Mi sabia abuela libanesa me insistía siempre en que consiguiera mis propios centavos y los fuera guardando para la vejez, y no los declarara nunca a mi marido “porque ellos arrasan con todo: tu carne, tu juventud, tu amor y tu dinero”. ¡Sabia mi jeta, que Dios la tenga en su Gloria! Me enseñó a hacer el rollo de dátil. Todo lo que yo ganaba lo pasaba a dolaritos, así que tengo mi buen colchoncito ahí en el recoveco de la despensa, en un botecito que parece de paprika y del que nadie se percató, bendito sea Dios.

Para mi primera clase de alemán tuve que apresurarme mucho porque al famoso Chato hay que pasearlo tres veces al día para que no se mee en mi sala. Estaba bien nerviosa. Llegué temprano para encancharme en el lugar. Encontré estacionamiento bastante cerca y caminé hacia la escuela.

Un perrito muy mono, callejero pero listillo, me hizo compañía hasta la entrada. Muy intuitivo y nada huraño, me cayó re bien. Corrientito y pulguiento, eso sí. Como traía los premios del Chato en la bolsa, le di un puño, y son bien caros... ¡pues que se jodan! Bien agradecido el perrito. Otra cosa. Fue como si ese

sencillo edecán me diera la bienvenida a mi nueva vida. Como los xoloitzcuintles que acompañan al Mictlán. Un ser de luz era mi guía. Aunque lejos de llevarme al inframundo, me estaba acompañando al supra mundo, a mi propio renacimiento. Fue una buena señal. Los perros que no han sido humanizados son sabios. Conocen la vida. El pobre Chato es un discapacitado. Cree que es un bebé humano con artrosis, ni correr sabe.

En la entrada el conserje, un tal Roberto Algo, me saludó cortésmente. Me dijo:

—Pásele maestra, bonito día —me agarró del brazo y fue guiándome de ladito para que no pisara el pasillo que estaba barriendo. El perrito se quedó en la banquetta y el conserje le echó una amenazante mirada de “¡no te atrevas!”.

—Buen día, Roberto; no soy maestra, soy alumna —y le mostré mi inscripción en el celular, como me dijo la Nena.

—Ah, le toca en el A1 de alemán, con la maestra Alviria Wagner. Cuarto piso subiendo por el elevador, salón 1. No hay pierde siga por aquí —todo el tiempo guiándome a la derecha. Tanta amabilidad fue otra buena señal. La maestra se apellida Wagner, como uno de mis músicos favoritos, otra señal. ¡Esto se va a poner bueno!, me dije. Estaba rebosando de emoción. No se ve nada mal la escuela. Para lo que cuestan las clases de alemán en otros lados, está regalado.

Al entrar al aula había apenas tres o cuatro compañeros, no recuerdo bien. Saludé en general. Por aquello de la miopía, tomé un pupitre próximo al pizarrón (me dije: soy de nuevo una colegiala, y me estremecí). Al lado estaba una chica menudita de lentes enormes. Noté que ella se estremeció conmigo. Muy calladita, muy joven. Para romper el hielo le pregunte si ése era el A1 de alemán, asintió con la cabeza.

Le hice plática.

—Ay, qué emoción ¿no? Aprender alemán, dicen que es muy difícil, la lengua del diablo le dicen —sólo se encogió de hombros. Parecía muda. Ya no supe qué más decir. Se clavó en su celular para evitarme. Eso no me iba a desanimar. Quizá sólo es muy tímida. Ante su silencio también tomé mi celular y quise hacer un videíto de mi nuevo salón para subirlo al Instagram. De pronto un señor regordete y entradito en años, que estaba a mi otro lado y nos había estado observado todo el tiempo, me llamó la atención con voz muy seria, casi susurrando:

—Señora, usted no puede hacer un video en un salón de clases, viola nuestros derechos de privacidad y además hay circuito cerrado de seguridad —torció la mirada hacia una esquina del techo al tiempo

que apuntaba con el índice el mismo lugar donde realmente había una cámara—. La están observando.

—Ay, perdón, no lo sabía. No quise molestar...

—Es broma, no se preocupe —se rio socarronamente.

Ya habían llegado otros compañeros. Por si sí o por si no, dejé de grabar. Afortunadamente, en eso la profesora entró al salón y me alivió del incómodo compañero. Luego supe que era “detective privado”. Un detective no se anda promocionando ¿o sí?

La señorita Wagner dejó unos libros y su bolso en el escritorio, nos dio su nombre y en lugar de sentarse en su silla se ubicó en uno de los pupitres que estaban en rueda. En eso otra chica abrió bruscamente la puerta, venía algo agitada. Muy moderna, llena de piércings y tatuajes, con los pelos decolorados. La miss le señaló un sitio libre y la instó a dar su nombre.

—Frida Gómez —se presentó. Estaba aún acelerada, fue la última en llegar, pero estábamos a tiempo. Yo me distraje observando todos sus tatuajes. Me causan mucha curiosidad. Tenía una elaborada mandala de colores ocres con azul en el hombro derecho, supongo que por eso traía un *halter*. Y varios tatuajes más en brazos y pecho. Atrás de las orejas comenzaban en forma descendente unas lindas gaviotas. Yo digo que si uno se pinta la piel es para que lo vean, lo observen. No entras a una galería y cierras los ojos. No. Admiras el trabajo, buscas el trazo, el color, el significado. Por algo se tatúan, algo quieren expresar. Se veía estresada, malhumorada. ¡No sabré yo de adolescentes! Si ya crié a tres y prácticamente a varios de sus amigos, además tengo tres nietos que van para allá. El Chato no cuenta. En los nudillos de las manos traía unas letras góticas... en esas estaba yo baboseando cuando la maestra me señaló para que me presentara. Me tomó por sorpresa. Me aclaré la voz y dije:

—Buenos días, soy Isabel Rosas, estoy orgullosa de ser ama de casa y de sacar adelante a tres hijos profesionistas. Ahora que la menor ya se casó, al fin dispongo de tiempo para mí misma y creo que es el momento de aprender otro idioma — ¡Carajo! ¡Qué torpe, de veras! ¡Tanto ensayé esa presentación para salir con mi batea de babas! La fuerza de la costumbre. Son treinta y cuatro años de ser esposa y madre. De seguro que fruncí el ceño como suele pasarme cuando las cosas no me salen. Yo quería ser empática con todos, la mayoría jóvenes. Decirles que estoy sana, fuerte, con un montón de ganas de vivir. Soy de la generación de mi paisana Salma y nadie la considera

ruca sino símbolo sexual. Entre tanto se presentaron los demás. Un ejecutivo al que la empresa le paga el curso, el espía ese que se cree comediante o viceversa... todos interesantes. Otra que me llamó la atención dijo ser escritora, se veía bien, nomás un poco inquieta, de las que quieren caer bien a toda costa.

A pesar del traspíe, mi primer día de clases fue fantástico. Claro, perdí la oportunidad de presentar a la verdadera Isabel Rosas de hoy. Ya no pude contarles que quiero ir Europa, porque me interesa la Historia y sobre todo la Segunda Guerra Mundial, visitar museos, ver castillos. Pasar una larga temporada en Suiza. Que lamenté mucho no acompañar a la jeta a ese tour al que me invitó antes de morirse: “Catorce fenomenales ciudades entre los Apeninos y los Alpes”, y al final llegaríamos a Líbano, su tierra. Entonces tenía tres chiquillos que cuidar y crecer, mucho trabajo con ellos y Fabián. La gente piensa que si eres ama de casa no haces nada. Estoy muy orgullosa de haberle dado a este país tres excelentes ciudadanos... Me faltó decirles que me siento joven, que puede que viva otro montón de años y no pienso aburrirme, y que tengo la ilusión de volverme *bloguera* o *youtuber* y viajar a todos lados, como Alan por el mundo, pero de la tercera edad.



Banqueta

Julieta Fuentes Córdova

Su nombre, nadie lo conocía. Le decían Banqueta, como apellido no sonaba mal y como nombre menos.

La historia de Banqueta es algo difícil de contar; nadie sabe cómo llegó ni de donde vino. Le gustaba hablar de historias fantásticas, lugares lejanos y de personas misteriosas, pero nunca de él. Algunos decían que era un espía encubierto, otros que había perdido la memoria por comer hojas de los árboles. El caso es que a nadie le había dicho quien era en realidad, ni por qué recibía su correspondencia en la tiendita de la esquina.

Un día lo vieron llegar con un niño; Porfirio era su nombre. En pocos días, se ganó el cariño de todos los vecinos. Siempre estaba acompañado de Latita, un perro callejero de enormes ojos café y orejas tan suaves que todos querían acariciar.

Porfirio trabajaba repartiendo periódicos. Por las mañanas, casi de madrugada, Banqueta lo acompañaba a recoger los ejemplares. Muchos tenían curiosidad y había quien inventaba que Porfirio era hijo de Banqueta, pero cuando les preguntaban, ambos evadían la respuesta y terminaban hablando de otra cosa.

Se les veía salir del parque de las montañas, siempre por diferentes lugares. Nadie sabía en donde vivían; se rumoraba que en un remolque abandonado en el fondo del parque o en alguna cueva cercana. La presencia de Banqueta en el pueblo se había hecho una costumbre.

Un día, Banqueta recogió su correspondencia en la tiendita y al poco rato, se fue del pueblo junto con Porfirio y Latita. Nadie supo a donde. Se les vio en la terminal de camiones por última vez.

—Mira Porfirio, ya que llegemos a la ciudad te vas a sentir mejor, No llores. Tu sabes que todo esto iba a pasar algún día. — comentó Banqueta limpiando las lágrimas de Porfirio.

—Lo sé, pero me gustaba mucho mi trabajo —dijo Porfirio en voz baja.

—Llegaremos pronto. Mi contacto me dijo que podrás estudiar; Por el trabajo ya no tendrás que preocuparte y Latita vivirá contigo. Claro, si se porta bien.

Banqueta amaba a los perros, pero siempre decía que tenían que

educarlos muy bien y con firmeza. Bajo su cara ruda, se asomaban unos ojos de ternura.

En la terminal de autobuses un hombre con gabardina gris los esperaba. Al ver a Banqueta le habló en alemán. Le entregó un sobre con papeles y se fue.

— ¿A dónde vamos Banqueta? —preguntó Porfirio

— A tu nuevo hogar —Dijo Banqueta con una gran sonrisa.

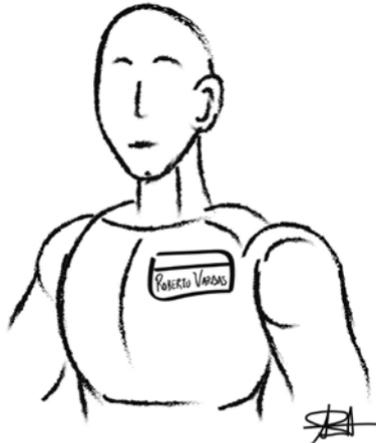
—¿Mi nuevo hogar? ¿Y tu? Yo quiero seguir viviendo contigo.

Sollozó Porfirio con lágrimas que quería ocultar con la mano.

—No te preocupes, tu sabes que para ti será lo mejor. Encontrar a tu familia es lo mejor que pudo haber pasado. Yo estaré muy cerca de ti. Trabajaré enfrente de tu casa y podremos vernos todos los días.

Después de mucho tiempo Banqueta había logrado localizar a sus padres. Su misión había terminado.

Ahora le esperaba otro reto trabajando en una escuela de alemán como Roberto Torres.



Sí existe el comparativo de “real”

Dave Brennan

Era un miércoles cualquiera, Oloroso Ombligo de la semana y con la molesta pelusa de una junta a las 9 AM, como todos los miércoles. Otra vez no me dio tiempo de hacerme mi Café y Corrí para alcanzar el Camión. Las puertas se cerraron tras de mí y pellizcaron mi camisa, como si yo fuera un grano dentro de esta epidermis móvil a la que si le pagas con billetes te mira Feo, como si Fueses una Falla. 50 minutos oliendo el Sudor de la Señora de pelo chino de a Lado y por fin Llegué Jadeando a mi Junta en el corporativo internacional en Lomas, 13 minutos tarde, como siempre. Mi jefe Daniel me echa una mirada de asco y tomo mi lugar hasta atrás. Después de una infinidad de Números y códigos, regresamos a Nuestros cubículos y mi única amiga, Diana, me pregunta cómo me va en mis nuevas clases de alemán, después de pasarme mi cartera que se me había caído al suelo, como de costumbre. “Yo creo que sí llego al 8”, le contesté aparentando una seguridad tan gruesa como su maquillaje. “Wenn du mich nur Wirklich sehen Würdest?” Qué raro, no sabía que hablaba alemán. “¿Qué dijiste?” “No dije nada, güero”, y me miró con una cara de honesta extrañeza que hizo despertar otra extrañeza en mí y sentí un pellizco en la nalga izquierda, un ligero dolor punzante que atribuí a mi ciática. Regresé a mi computadora desactualizada, pero la sensación me siguió molestando por varias horas y Batallé para concentrarme en los números que Brillaban y Bailaban en la computadora. ¿Qué pesará más? ¿Los Kilobytes de este archivo o las Kilocalorías que me tragaré en la hora de la comida?

Después de esas grisáceas 9 horas, si Contamos la hora Cafezusca de Comida, llegué a mi Casa, Cansado. Me saqué la cartera de la nalga izquierda y encontré lo que me había pellizcado en la mañana: la tarjeta de Francisco Molina, detective privado. La voltéé para mirar el Reverso y tenía escrito con pluma Roja algo que no vi antes: “Si tan sólo me Vieras de Verdad.” Si tan sólo me vieras de verdad. “Vieras” tenía mayúscula, así que decidí Googlear la diferencia entre “ver” y “mirar”: según la respuesta de Google de la página blog.lengua-e.com, “Mirar es algo que hacemos con nuestro cuerpo. Ver es algo que pasa en nuestra mente.” ¿Cómo podría ver la tarjeta y no sólo mirarla? ¿Por qué habrá anotado Francisco esta nota? ¿La habrá anotado Francisco? Regresé al anverso de la tarjeta y por primera vez pude notar algo: el último dígito de su celular había sido tachado con tinta roja también, el 0 había sido sustituido por un 1. Intrigado, marqué al número desde mi celular.

Sonó 2 veces el Tono y contestó una Tensa voz que bien pudo haber sido la de mi Alta maestra de Alemán, Alviria Wagner, pero sin ese Tono condescendiente que sale a relucir en las clases.

—Alan, ¿estás listo para ver la realidad?

—Mi realidad está muy bien, gracias...

—Tu realidad no es la realidad más real, ha sido preseleccionada para ti y vives en un eterno y aburrido bucle gris que se repite.

—Algo no puede ser más o menos real que otra cosa, voy a colgar...

—¡Si cuelgas no volverás a escuchar de nosotros! Regresarás a tu terrible pelusa que llamas vida. ¿No estás harto de Correr a las mismas juntas? ¿Del mismo Camión de siempre? ¿El mismo Café que nunca te vas a preparar?

Mi corazón dio un latido extra, algo que nunca me había ocurrido. Era como si mi pecho estuviera ardiendo con lava, el líquido espeso recorriendo las válvulas de mi corazón, provocando un humo que tuviera que salir por algún lado. ¿Cómo chingados sabía tanto de mí?

—¿Qué quieren de mí?

—Las respuestas las encontrarás mañana a las 5:05 PM, en el punto más bajo del Parque Hundido. Busca al señor de pelo negro con el Xoloitzcuintle tocando el Xilófono y lo entenderás todo. No confíes en nadie.

Colgaron, pero mi Corazón seguía latiendo 3 veces por segundo. ¿Realidad preseleccionada? Estoy familiarizado con la teoría del Determinismo, con su oposición al libre albedrío y la idea del Destino Tejido en una Tela cósmica que entrelaza Todas nuestras vidas. ¿Cuándo fue la última vez que hice algo distinto? ¿Y si la voz de Alviria tenía razón? Algo tenía que cambiar.

Salí a la calle en busca de una Peluquería Para Pintarme el Pelo de negro, Pensando en Frida Gómez y su Pelo locochón. ¿Cuándo fue la última vez que me corté el pelo? La ansiedad bloqueaba mi memoria, pero mis piernas me llevaron a una estética a 4 cuadras de mi depa. Ya la recuerdo, siempre estaba vacía. Abrí la puerta, pero todos los asientos estaban ocupados y había 6 personas esperando. “Disculpe, pero ya no tenemos espacio para hoy.” Putamadre, ¿es en serio? Ni le contesté y salí agitado a buscar un estudio de tatuajes. ¿Qué hora eran? Casi las 8, ¿quedarían lugares abiertos? Ay, qué pendejo, si quiero cambiar no tengo que pintarme el pelo o tatuarme, ¡o hacerme una perforación! Me puedo rapar Y Ya. Corrí al depa y busqué mi rasuradora.

Sorpresivamente me veía muy bien, pero la ansiedad de que fueran las 5:05 mañana amenazaba con quitarme el sueño así como lo Había Hecho con el Hambre. Entre gotas de sudor de mi ahora desnuda cabeza y Extrasístoles Eternas, pude atrapar un par de horas de sueño.

Soñé que Silvana Silba, la vecina de mis clases de alemán, me pegaba su perpetua comezón y el salpullido me despertó 13 minutos antes que mi alarma, a las 7:07 para ser exactos. Lo tomé como Una Única señal fortuita de mi vecinante epifanía y me puse muy feliz porque me dio tiempo de hacerme mi café.

Al llegar al edificio en Lomas, mi pie se atoró con la puerta, como si algo no me dejara entrar. Zafé mi Zapato con la recién arribada confianza y llegué puntual al trabajo. Disfruté las Morosas Miradas de los demás sobre mi nuevo look y llegué a Sentarme Sonriendo a mi lugar. Diana me Saludó con una Suave Sobada de pelona y me dijo: “Te queda este nuevo look, combina con tu bigote.” Todo el estrés y la ansiedad de ayer estaban rindiendo frutos, ¡prometía ser un Día Definitivo! Las horas transcurrieron lentamente, lo cual me funcionó para asegurarme de acabar todos mis pendientes y salirme temprano para llegar al parque. Si me salía 4:20 PM llegaría a las 5 al parque.

—Diana, ¿podrías dejar de hacer ese ruido?

—Lo siento, estoy muy nerviosa...

Pero antes de preguntarle el porqué, noté que el ruido venía del golpeteo de su pluma en una libreta. Una pluma roja... pero antes de que siguiera en ese tren de pensamiento, llegó mi jefe, Daniel. “Alan, ¿podrías venir a mi oficina un momento?” Eran las 4 apenas, no creo que tome más de 20 minutos... Nunca me llama... Me senté frente a él y pude notar que su mirada ya no era de asco, pero no pude detectar la emoción.

—Sé que no siempre te he Impulsado en esta oficina y a veces... muchas veces me Impresiona sólo tu Impuntualidad...

—Jefe, hoy no...

—Pero déjame decirte que tu desempeño no ha pasado inadvertido.

—¿Cómo?

—Se acaba de abrir una vacante para gerente de sucursal en Miami y te recomendé para el puesto.

—¿Qué?

—¡Felicidades! Tu nueva oficina está en el punto más alto del rascacielos más grande de Miami.

—¡No lo puedo creer!

—Necesito que te quedes hasta las 7 para tu capacitación, que me vayas mandando tus certificados de inglés, puede ser el TOEFL o el IELTS y si no los tienes en digital me los puedes traer mañana, no hay problema. Sólo necesito que me firmes unos documentos.

Sacó una pluma azul y me miró fijamente. ¿Era esto a lo que la voz del teléfono se refería? ¿Un pequeño cambio en mi yo personal

provocó un enorme cambio en mi yo profesional? Firmé el documento y le extendí la pluma a Daniel, pero no pude evitar notar que su mano temblaba ligeramente. ¡Miedo! Miedo era la emoción que estaba sintiendo mi jefe... ¿miedo de qué?

—Por cierto, voy a necesitar que uses esta gorra blanca brandeada de la empresa hasta que tu pelo crezca otra vez. Que siempre no le gustó ese look al escritor.

—¿Escritor?

Pero Daniel ya no estaba nervioso, estaba aliviado. Escuché un golpeteo en la puerta y a través del pequeño cristal en ella pude ver a Diana. Tenía la mirada triste y decía que no con la cabeza.

—¡Espera! Daniel, no puedo aceptar este trabajo —pero era demasiado tarde.

—¿Cuál trabajo?

—¿Cómo que cuál trabajo? ¡El de gerente de sucursal en Miami!

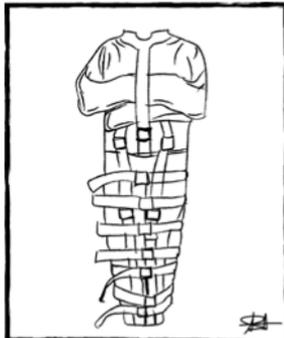
—¡lo siento alan, no sé de qué hablas, no tenemos sucursal en Miami, te digo que estos episodios me están preocupando cada vez más.

—Pero qué estás...

No confíes en nadie. Eso dijo la voz al teléfono. ¡¿Cómo pude ser tan imbécil?! Mi corazón latía rápido otra vez, el sudor regresó. La comezón del sueño regresó. De repente el cuarto se hizo más pequeño, del tamaño de mi cubículo. Quería golpear a Daniel, pero mi brazo no reaccionaba.

—firmaste una renuncia a tus facultades mentales, ¡no estás bien! te vas directo al manicomio. ¡Seguridad!

Me pusieron una camisa de fuerza antes de que mi brazo pudiera reaccionar y no opuse resistencia. ¿Para qué? Todo había quedado más claro. Me esperaba un purgatorio en un punto intermedio: una hoja blanca en blanco.



Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

**Coordinación de Enlace
y Relaciones Públicas**
Andrea Fischer
Carlos Noé Sánchez Méndez

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
xxxxxx, de xxxxxxxx

Radio
Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy, Raúl Sanz Suárez
y Brandon Hurre García

Producción del Programa de Radio:
María Inés Rendón, Productora.
Eloisa Valeria Martínez Carrillo

Cuarto de Guerra
Becarios de las universidades participantes.

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y seis. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Febrero-Marzo de 2022.



También estamos en:



Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

“El lector se preguntará cómo se puede buscar un tesoro bajo tierra o bajo agua. Ningún problema, la revista ofrece textos y publicidad sobre una serie de aparatos indispensables para el buscador”.

Cómo viajar con un salmón
Umberto Eco



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para **NUNCA** dejarlos ir